EL GOLPE EN VAGO.

CUENTO

De la 18.va centuria

POR

D. JOSÉ GARCÍA DE VILLALTA.

Y si, lector, digerdes ser comento,
Como me lo contaron, te lo cuento.

Juan de Castellanos, elegías y elogios, etc.
CANTO 1.°, OCT. 3.ª

TOMO II.

Madrid.
Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1835.

EL GOLPE EN VAGO.

CAPITULO PRIMERO.

Dos veces me han condenado
los señores á trinchar,
y la una el maestre sala
tuvo aprestado sitial.

Quevedo.

No tardó Cárlos en recobrarse de aquella especie de desmayo en que le dejamos, aunque continuó por mucho tiempo con los ojos fijos en tierra y distraida la mente en tristes pensamientos. Ya iba á anochecer, cuando un grande estrépito que resonó impensadamente hácia la reja de hierro pareció sacarlo de su estupor. Los animados movimientos de Tragalobos con su gitana llenaron primero la vista del caballero; luego corrió un rápido escalofrio por sus venas, recedió la sangre de sus megillas, y esclamó como fuera de sí: "¿Es ella?" y llegó casi al mismo

tiempo á la puerta de hierro, mas allá de la cual, bella como la luna que alumbra un solitario sepulcro, se apareció Isabel inundada en lágrimas, y dando penosa salida á sus convulsivos sollozos.

—¡Tú aqui, amor mio! esclamó con apasionada voz el jóven, traspasado el pecho de dolor y de gratitud: ¡tú entre estas gentes miserables, Isabel mia!

—Perdóname, Cárlos, le contestó con desalentadas palabras, si he obrado con ligereza. Aqui estás tú, y aqui te sigo. ¿Ni cómo pudiera abandonarte en la hora de la adversidad?

—¿Y quién te aconsejó este viaje? ¿Cómo lo hiciste? Pero... ¡Huye, huye, angel mio, de esta casa de iniquidad! No respires el aliento de la corrupcion...

—¡Sé, Cárlos mio, generoso! Un instante mas en tu presencia me servirá de consuelo...

El caballero le hizo una seña con la mano para que se retirase hácia el estremo de la puerta, adonde dos gigantescos postes de piedra los ocultaban del bullicio

de los otros presos, y allí continuó Isabel de este modo su narrativa. —Tu padre ha caido malo. Una profunda melancolía lo atormenta, y no quiere perder á Alberto de vista. Mi madre no ha vuelto mas á casa desde el suceso triste que te hizo salir de Aznarcollar. Aquel dia creo que hubiera yo espirado á no ser por los consuelos y ateneiones de Eugenia. Pero escucha lo que ha de admirarte. Mi madre, mi misma madre fue la que te dió el traidor abrazo causa de tu ruina. Hasta anoche ignoraba yo tan cruel procedimiento.

Resplandeció de gozo el semblante de Cárlos al oir esta prueba de la constancia de Isabel. —¿Pero por qué, cómo has venido aqui? le preguntó.

—Anoche estaba yo de rodillas delante de la imágen de nuestra Señora pidiéndole te amparase; me parecia en mi turbacion que brillaba la faz divina con sobrenatural lustre; quedé absorta de gratitud y temeroso respeto cuando ví junto á mí á deshora al anciano Pedro, el

negro del lugar. Fui á huir con involuntario movimiento, pero él me pidió que recobrara el ánimo y me dispusiese á seguirlo sin dilacion alguna. "¿Y adónde?" pregunté sobresaltada. "No hay tiempo para esplicaciones, me dijo con la mayor claridad que le fue posible. El honor de mucha gente respetable está comprometido. No quieren que dé usted declaraciones en la causa del señorito, poniéndolo todo en su favor, como lo haria. Es preciso que salga usted de aqui, como su misma madre ha dispuesto. Esta noche á las doce la van á sacar de casa y á llevarla no sé dónde. Yo soy la persona que ha de ejecutar el hecho. Aun no son las ocho y media. Sígame usted, y yo le pondré en libertad. Don Cárlos nunca me tiró piedras ni me puso á comer con los cerdos. A las doce vendré yo con muchos hombres y no la encontraremos ya en casa. Vamos." Tú sabes, Cárlos, que Pedro salvó una vez mi vida cuando niña. Aunque idiota en apariencia y raro en sus cosas, siempre nos ha querido mucho á

los dos. Creí sus palabras, y llena de confianza en la proteccion de la Vírgen Santísima me determiné á seguirlo. Por el camino me contó tu prision y la parte que en ella habia tenido mi madre. Sus palabras me causaron tal dolor que perdí el sentido. Al volver en mí me hallé en una choza bajo la proteccion del tio Majagranzas el cosario. Media hora despues emprendimos en su caballo la marcha para Sevilla. Se ha conducido conmigo del modo mas bondadoso. Ahora acabo de llegar. ¡Cómo se han desvanecido nuestras esperanzas! ¡Cuánto mas felices si la semana pasada no hubieras salido de Aznarcollar!

Cesó Isabel, y sus lágrimas corrian en silencio por las pálidas megillas.

—¡Anímate, Isabel! ¡Consuélate, angel mio! esclamó el caballero. Dios querrá que nuestra situacion se mejore. ¿Pero cómo estás, amor mio, en Sevilla, sin casa, sin pariente ni amigo que te proteja?...

—No temas por mí, Cárlos, le con-

testó interrumpiéndole: el tio Majagranzas me llevó á casa de una familia decente y virtuosa, adonde permaneceré hasta ver el resultado de tu proceso.

Se hallaba nuestro caballero agitado por muchas pasiones para poder dar útil consuelo á la infeliz que tenia delante, y cuya ventura él mismo habia destruido. Le reprendió ligeramente que no se hubiese refugiado en casa de su tutor el cura de Aznarcollar; y entregado luego al placer y entusiasmo que la gratitud le inspiraba por aquella visita, aconsejó empero á su dulce amiga se retirase antes que fuese de noche, pidiéndole volviese al otro dia, en que ya habria pasado á parte mas decorosa de la cárcel. Salió Isabel del siniestro edificio muy consolada por haber dado consuelo á su querido Cárlos.

Vehemente en sus pasiones, jóven, vigoroso y sencillo, era casi adoracion el amor de nuestro héroe. El carácter elevado de Isabel, la gracia de sus modales, su afabilidad y belleza, hasta su orgullo

innato habian contribuido á cautivar el corazon de Cárlos. La conoció éste en su infancia, en los dias del candor y la inocencia, cuando mas brilla la pureza del alma. Admiraba ella su varonil sabiduría; él la razon espléndida de su compañera. Trasplantaba Cárlos al ánimo de Isabel las semillas de los conocimientos que recibia de su tutor; ella cultivaba en su mente con ansioso cuidado las tiernas y preciosas plantas de las letras: para que no le alcanzase su discípula subia Cárlos con ambicioso paso las cuestas fragosas de las ciencias; el orgullo y amor propio animaban á Isabel para seguirle con no menos firmeza que constancia. Una ternura mútua fue la aurora de su existencia intelectual; y al progresar en las regiones de la vida, al desarrollarse á su vista los bellos y dilatados paisages del saber, se fortaleció la simpatía que los ligaba, y llegó casi á identificarse su existencia moral. ¡Oh amor! ¿Por qué no vistes la beca, por qué no tomas la borla y vienes á enseñar filosofía en nuestras universidades?

Temprano á la mañana siguiente entraron en el patio de la cárcel muchos alguaciles, escribanos y otros empleados judiciales preguntando por Antonio Martinez, alias Tragalobos, y Pascual Perez, alias Pascualillo el Zurdo. — ¿A que no adivina usted para qué nos llaman, señor don Cárlos, preguntó Tragalobos.

— Me confieso menos que mediano adivinador, respondió nuestro mancebo.

— Pues la cosa no es séria para el caso, continuó el baratero; no van á hacerme mas que á leerme mi sentencia de muerte. ¿Le parece á su merced que estaré bonito colgado?

— ¡Dios eterno! esclamó el caballero. ¿Y tan ligeramente habla usted de eso?

— Si tiene remedio, ¿por qué te apuras? y si no le tiene, ¿por qué te apuras? Asi dice el refran, señor caballero, dijo este empedernido filósofo, y marchó con firme paso á oir su sentencia.

Se mandó arrodillar á los dos presos, á quienes con clara voz leyó el escribano

un acta que acababa asi: "Los dichos jueces debieron sentenciar y sentenciaron al dicho Antonio Martinez, alias Tragalobos, y al dicho Pascual Perez, alias Pascualillo el Zurdo, á sufrir pena de muerte al tercer dia despues de comunicada la sentencia entre las horas de once y doce de la mañana."

Esta lectura produjo efectos contrarios en los míseros objetos de ella. El Zurdo rompió en una risotada histérica; Tragalobos se encogió de hombros y dijo friamente: —Lo siento por usted, señor escribano; ya se le acabaron á usted mis propinas.

Se levantaron los presos para seguir á los sacerdotes y soldados que los esperaban. El Zurdo se desmayó casi al punto mismo de levantarse, y tuvieron que llevárselo en brazos. Tragalobos llegó á la puerta de hierro con increible serenidad, y habló como sigue á sus compañeros:

—Perdonadme por el amor de Dios, queridos hermanos mios. Quedaos con

Dios para siempre. Voy á sufrir contra toda ley y justicia. Yo no he sido nunca cruel ni traidor. El jueves que viene ya no veré yo ponerse el sol. Pedidle á la Vírgen Santísima que no me desampare. Si yo he ofendido á alguno de ustedes, le ruego otra vez que me perdone por el amor de Dios, como yo perdono á mis jueces y á todos mis enemigos.

Habia sido el tio Tragalobos en efecto uno de los mas munificentes ladrones que jamas infestaron los caminos reales. Su dinero era en la cárcel el fondo sobre que giraban todos los presos necesitados. Rodearon éstos á su bienhechor con lágrimas y alaridos en aquel terrible instante. Cárlos tambien lo abrazó con compasivo afecto. Vertió el indomable Tragalobos algunas lágrimas de ternura, y sacando una bolsa llena de monedas de plata, se la entregó á los presos por última prueba de su liberalidad. Pidió perdon de nuevo, dió á Cárlos la mano, y salió rodeado de bayonetas.

CAPITULO II.

Todo este mundo es prisiones,
todo es cárcel y penar.

Quevedo.

Poco despues de la escena con que acaba el anterior capítulo preguntó el carcelero, seguido de la correspondiente guardia, por don Cárlos Garci-Fernandez, á quien condujo á un cuarto amueblado con mucha decencia. Es inútil advertir que se cerró la puerta de la habitacion por la parte esterior, con variedad de potentes cerrojos y llaves. Quedó el caballero solo, y habria pasado asi una hora, cuando resonó el chirrido de los hierros, se abrió la puerta, anunció el carcelero la señora marquesa del E., y se retiró cuando hubo esta señora entrado.

La recibió Cárlos, no sin sorpresa, presentándole una silla, que aceptó ella; y despues de algunos instantes de silencio:

La Marquesa. ¿Se acuerda usted de

haberme visto antes, señor don Cárlos?

Cárlos. (*Observando las facciones de la dama al traves de un rico velo.*) Me parece haber tenido el honor de verla á usted por vez primera consolando á los pobres de la cárcel en compañía de un general que vino á la visita.

Marq. No le engaña á usted su memoria. Deben los opulentos mitigar la indigencia, y es para mí un placer semejante obligacion. Su conducta de usted y su apariencia, señor don Cárlos, me admiraron mucho, causándome, asi debo confesarlo, una impresion profunda. Tal vez sufre aquel jóven, me decia yo á mí misma, alguna injusta persecucion; tal vez es inocente, pero carece de protectores. El objeto de esta visita, señor don Cárlos, es ofrecerle mi favor si de él tiene necesidad. Espero que usted le aceptará con la franqueza que yo le ofrezco.

Cárl. (*Con rubor y gratitud.*) Acepto, señora, la proteccion que usted me ofrece, y es tanto mayor mi agradecimiento, cuanto que veo que la guia á usted pura

y espontánea bondad no merecida de mi parte.

Marq. ¿Pero he podido acaso equivocarme, señor don Cárlos? ¿No es usted inocente?

Cárl. Mucho me pesa, señora, no poder responder en la afirmativa.

Marq. Perdone usted si mis buenos deseos me hacen entrar en argumentos que le sean á usted penosos. Apenas puedo persuadirme, ni aun despues de su confesion de usted, de que haya cometido la muerte que se le imputa.

Cárl. Confio, señora, en que no haya muerto mi antagonista. Esta esperanza tengo desde que me he serenado un poco. Si por desgracia me sale fallida, no seré criminal ante la ley por no haber sido el agresor; pero mi propio corazon me condena. Pude desarmar á mi contrario y no lo hice. La ira y la venganza de una injuria imaginaria me hicieron levantar el brazo que debiera haber empleado en una defensa pasiva.

Marq. (*Con vehemente satisfaccion.*)

¡Imposible que jóven de tanta veracidad se incline á acciones bajas! Partiendo, pues, del principio evidente de que no está usted complicado en ningun robo, ¿qué fatalidad ha podido dar margen á tan amarga sospecha? ¿Qué le ha pasado á usted despues de su desgraciada querella?

Cárl. ¡Cuánto se aligerará mi corazon, señora, vindicando mi decoro, ya que usted tiene la bondad de escucharme! Satisfaré su benévola curiosidad de usted sin disculpar mis imprudencias.

Contó el caballero en una sucinta narrativa cómo el sospechoso pañuelo habia venido á sus manos, los zelos insensatos que cegaron su razon cuando volvió á Aznarcollar, y dieron motivo á la querella, con todas las otras aventuras que le habian sucedido hasta el momento en que hablaba.

Marq. ¿Quiere usted permitirme que me empeñe en favor suyo con el señor de Bruna? Es íntimo amigo mio, y enterada como lo estoy de las circunstancias

en que usted se halla, puede ser útil mi influjo.

Se levantó el caballero en un éxtasis de agradecimiento, y puso los labios en el perfumado y albo guante de la marquesa. *Apenas* permitió esta accion la señora, é indicando con la misma mano que volviese á su silla el caballero, continuó asi:

Marq. Aun no he merecido, señor don Cárlos, tan ardientes pruebas de gratitud. Procuraré que salga usted de la cárcel cuanto antes, y entonces, si quiere favorecer mi casa, puede manifestar su agradecimiento considerándola suya.

Cárl. (*Levantándose de nuevo.*) Me aprovecharé, señora, de tan bondadosa oferta, y el amor de un hijo será el mio...

La marquesa alzó con el dorado abanico las ricas blondas de su mantilla. Rodeábale el semblante profusa cantidad de negros juveniles rizos, tachonados de joyas y ondulando sobre preciosos encajes. La segur del tiempo habia rugado ya un tanto sus megillas, aunque el ingenio del

arte habia ocultado con sus róseos matices el invierno de la vida: las facciones de la dama eran angulares y espresivas, plácida y benigna la espresion: su plácida y penetradora mirada no parecia convenir con la suavidad de su sonrisa. Interrumpiendo afablemente al caballero, le preguntó:

Marq. ¿Pero tendrá usted firmeza bastante, señor don Cárlos, para desterrarse de su pueblo y abstenerse de proseguir comunicando con la bella Elena, causa de tanta desgracia?

Cárl. ¿Y son esas las condiciones de mi libertad?

Marq. La primera confesará usted que es absolutamente indispensable; y yo sugiero la segunda, usando de la libertad que me dan los años para aconsejar sin ofender á los que tienen muchos menos que yo.

Cárl. Sin duda que sería temeridad querer volver á Aznarcollar. Pero la señorita que fue sin culpa suya causa de mi atentado vale mas que la libertad misma, y...

Tocó la señora la campanilla, se abrió la puerta y entró el carcelero. Tenia este buen hombre menos de la mediana talla considerado en su longitud, y mas del doble de la mediana talla en cuanto á latitud. Quiso con laborioso respeto y cortesía doblar el cuerpo á la marquesa, pero no se lo permitió el portentoso desarrollo del estómago y regiones circunvecinas. Pudo empero lograr con gran fatiga y poniéndose amoratado inclinar algo los hombros descansando las manos en las rodillas. Se le conocia la pasion y angustia en que estaba de aquel modo en el semblante, del que pendia inmensa papada de purpúrea carnaza. Asi continuó mientras decia la dama:

Marq. ¿Quién puede refrenar la juventud? Admiro su constancia de usted, señor don Cárlos, y me pesa que su ambicion no sea mas alta. Un jóven de sus prendas debia aspirar á la mas elevada fortuna de España. Siga usted, no obstante su propio consejo, y hágame el honor de contar á la marquesa del E. en

el número de sus amigas. Beso á usted la mano.

Nuestro caballero acompañó á la marquesa hasta la puerta. Nos hemos detenido en dar por completo este diálogo para hacer ver el corazon de Cárlos y lo desnudo que aun se hallaba de aquel tacto fino del mundo que sirve de tabla en mas de un naufragio social. Habia tenido el cura de Aznarcollar por objeto conservar la inocencia de su discípulo, y tal vez traspasó con tal intencion los términos de la prudencia.

Si el carcelero de que hemos hablado hubiera sido hombre de melindroso paladar no se habria jamas visto con aquella impertinente papada. Pero era persona de buen diente, y tenia en el estómago un océano de jugos gástricos que hubieran descompuesto y disuelto no una perdicita asada ó un tierno y delicado pez, sino los mismos monstruos marinos de piedra en que se pasea el Neptuno del Prado. ¡Cuál sería la sorpresa de nuestro tragador al ver cuando vino por la

tarde que no habia casi tocado el caballero á la apetitosa comida que él mismo por su dinero (el del caballero) le habia traido! Creyó que estaba el preso en *artículo mortis*, y aun le aconsejó se proveyese con tiempo para aquel trance de la ayuda eclesiástica. Cárlos le aseguró que á Dios gracias no se sentia indispuesto, ni necesitaba por entonces otra cosa que plumas, papel y tinta. — Esas son precisamente las solas tres cosas, respondió el de la papada, que se me ha prohibido traer á este cuarto.

— En tal caso deje usted aqui luz, y buenas noches.

— Asi lo haré. Supongo, señor caballero, que no necesita usted ya de estos comestibles. Lo digo para podérselos dar á los pobres de allá abajo.

— Como usted guste, replicó Cárlos admirando la caridad preventiva del carcelero.

Volvió este funcionario ya tarde al otro dia con una carta para don Cárlos Garci-Fernandez.

—¿De parte de quién? pregunto el jóven.

—De una de las señoritas mas pulidas que jamas ojos vieron. Aquello era una paloma... asada.

—¿Por qué no entra?

—Porque tengo orden de no dejar entrar á nadie.

—¿Y se ha marchado? preguntó con triste voz Cárlos.

—Pues ya se ve. ¿No ve usted que no venia á vivir en la casa?

El caballero rompió en una tirada amarga de dicterios contra jueces, leyes y legisladores, á que contestó el carcelero que bien podia poner nombres á los señores magistrados, sin que ellos por eso dejaran de mandar á su gusto y fuesen obedecidos. Con esto salió del cuarto.

Era el sobrescrito de letra de Isabel. Dentro de la carta encontró un rizo de sus propios cabellos, que él le habia dado mucho tiempo habia. Hé aquí el contenido del papel.

"Cárlos mio: Anoche recibí la in-

fausta noticia de haber espirado tu adversario. ¡Qué golpe para mí! ¿Qué esperanza nos queda, mi bien amado? Escribo, temiendo que te hayan puesto sin comunicacion y no pueda hablarte; en este caso dejaré la carta al alcaide. Si yo pudiese ¡oh Cárlos! á costa de mi vida romper esos muros... Pero la suerte nos ha separado... no nacimos el uno para el otro... antes que salga otro sol tu Isabel habrá ocultado sus infortunios en la soledad de un claustro. Acuérdate de lo que sería de mí si no lo hiciera, sola, huérfana, sin proteccion, amigos ni refugio... El velo de las esposas del Señor me escudará para siempre de los insultos del mundo. El santuario de mi advocacion dista mucho de Sevilla. Si Dios, por su infinita misericordia, quisiera sacarte en bien de entre las manos de tus enemigos, sé que tienes demasiada generosidad, y no querrias turbar mi retiro... Estoy decidida y resuelta á librar de mí misma al mundo... no debo decirte cuál será mi residencia... Olvida pronto á esta

infeliz, que pedirá sin cesar al Todopoderoso te ampare y favorezca... ¡A Dios, Cárlos mio!" = *Isabel.*

Leyó Cárlos esta carta sin conmocion aparente alguna, la puso con mucho sosiego sobre la mesa, y empezó á pasearse por el cuarto. Dudaba, como sucede en sueños, de la realidad de lo que veía. Miró luego el papel, examinó la letra, y seguro de que era de Isabel, continuó paseándose. Se sentó despues á la mesa, y reclinó la frente sobre las manos. Duró poco aquella calma. — ¡Asi me abandona, esclamó, despues de tantos años de ternura! Y con un repentino y no meditado golpe abrió la caduca mesa á que se apoyaba. ¡Hace bien, y obra con justicia! Respeto su resolucion. Y tan miserable soy, que ni una hora tengo para persuadirla. Si esperase siquiera el resultado de mi execrable causa...

Durante este soliloquio y quebradas frases habia el caballero reducido á pequeñas fracciones el papel que lo motivaba. Probó con ciego delirio si le sería

dable romper las barras de la ventana, forzar las puertas... Mundos hubiera él dado por escapar de su cautividad y correr á los pies de Isabel. La muerte de su antagonista, que podia llevarle al patíbulo, la consideraba ya como mal pequeño, comparado con la separacion eterna que la carta de su Isabel le anunciaba. Apenas podia penetrar un rayo de razon el tumulto y agitacion de su mente. Se acusaba á sí mismo de debilidad y afeminacion al recordar el sereno semblante de Tragalobos cuando oyó la sentencia de muerte. Hizo resonar con sus gemidos la abovedada techumbre, y quiso hacer un esfuerzo por recordar las máximas de la escuela estóica y ver si podia serenarse.

Todos los lectores saben que es lo mismo apelar á la filosofia en medio de las grandes calamidades, como á los polvos del Saltaenbanco para matar los insectos.—Coja usted la pulga, dice el charlatan, entre el dedo índice y el pulgar de la mano izquierda. Apriétela usted hasta

hacerle abrir la boca, y échele en ella unos poquitos de estos milagrosos polvos; y si no muriese que me la claven á mí en la frente. — Pero si yo puedo coger la pulga, dice el tio Alforjas, ¿quién me quita á mí matarla sin necesidad de sus polvos de usted? Nadie. — Por supuesto que nadie, responde el de los polvos con gravedad inaudita. — Tambien yo puedo mitigar mis penas sin vuestra filosofia, dice el que ha perdido, no una esposa gruñona, sino una pension ó una pierna, en caso de hallarme con bastante serenidad para ponerme á leer y reflecsionar sobre alguno de vuestros sabios consejos.

Una vislumbre de esperanza vino á suspender la tempestad mental de nuestro cautivo caballero. Imaginó que podia ser fraudulenta la carta, y se puso con prolija paciencia á juntar sus fragmentos. Los caractéres eran de Isabel. Pero antes creía Cárlos que le engañase su vista, que no que Isabel se hubiese resuelto á tomar sin consultárselo á él tan importante

determinacion. Haciendo visionarios proyectos, examinando inútilmente rejas y puertas estaba aun Cárlos, cuando entró el carcelero con su cena, que le mandó el jóven poner en el suelo para no quitar los pedazos que aun contemplaba de la carta. Hizo el carcelero un gesto, como quien dudaba de que tuviese su huésped el número acostumbrado de sentidos, y que estos estuviesen sanos. A pesar de eso dijo: —Me han dado orden, señor caballero, para pedir á usted un favor.

—¿A mí? ¿De parte de quién?

—El pobrecito del tio Tragalobos ha pedido á los señores de la audiencia que se le permita que vaya usted á pasar con él mañana parte del último dia que ya le queda de vida, si usted se digna hacerle esa caridad. Al pobrecillo le dan garrote al otro dia por la mañana, con que si usted quiere darle ese gusto, despues de almorzar yo le llevaré á usted á la capilla...

—Sin duda.

—Vamos, pues entonces ahí queda el jamon, que huele como una delicia; tampoco está mala la ensaladilla... Si queda algo de ese pastelillo... con que... Dios le dé á usted muy buenas noches. Y salió el voraz alcaide, echando llaves y cerrojos.

CAPITULO II.

Le perdono mi muerte al que me mate cuando me vea dar un paso hácia atras ó ponerme en fuga.

Shakespeare.

Lo que se llama capilla, adonde pasan los presos sus últimas horas, no es mas que un calabozo algo mejor acondicionado que los que les sirven de morada antes de recibir la sentencia. Se llegaba á la capilla por un estrecho, oscuro é intrincado pasadizo, defendida la entrada por una guardia. Habia en el pasage tres calabozos ademas del de la capilla. Cuartos todos grandes, oscurísimos, sin mas luz ni aire que el que á traves de varios corredores les suministraban ciertas elevadas y pequeñas ventanillas, casi cubiertas de poderosas barras de hierro. Habia dentro de la capilla, enfrente de la puerta, un dosel negro, que servia de sólio

á un crucifijo, algo mayor del natural. Ardian dos velas delante de la sagrada imágen, y al momento de entrar Cárlos prevalecia un profundo y temeroso silencio en la capilla. Estaban los presos sentados en sus respectivas camas; un religioso junto á Tragalobos, y seis ó siete eclesiásticos rodeaban á su miserable compañero Pascualillo el Zurdo. Tambien habia en el interior un centinela. La robusta puerta se cerró por afuera con multitud de cerrojos.

Tragalobos se adelantó firme, pero tristemente, á dar la mano al caballero. — Viva usted mil años, señor don Cárlos, le dijo casi con lágrimas, Dios le pague á usted la caridad que me hace en esta hora de amargura.

La conmocion del jóven le permitió apenas contestarle con dos ó tres palabras consoladoras, y ambos se sentaron en la cama, y quedaron entregados al mismo pavoroso silencio de antes. Habló el primero uno de los sacerdotes que ausiliaban al Zurdo. — ¿Es posible, queri-

do hijo mio, le dijo con cariñosa y compasiva voz, que haya el angel de las tinieblas infatuado tu alma hasta el punto de arrastrarte á la perdicion eterna, sin que hagas un esfuerzo, sin que des un paso para huir de él ó para defenderte? Vuelve, oveja descarriada, vuelve al rebaño del Señor. Él es misericordioso, él dió la vida por los hombres, perdonará tus pecados, aceptará si se le ofreces el sacrificio que te espera, y te recibirá entre sus ángeles para que des gloria á su nombre por los siglos de los siglos.—Ya yo le tengo á usted dicho, padre, respondió en frenética agitacion el Zurdo, que estoy resuelto á irme á los infiernos. ¡No quiero confesar! ¡Yo no soy cristiano! Yo no creo los misterios de la fé. Ustedes no son mas que unos pícaros que viven engañando á los tontos. ¡Maldito sea el mejor de ustedes que come pan!

Oyeron los sacerdotes estos dicterios con admirable y ejemplar paciencia, y exorcizaron el mal espíritu que creyeron

los inspiraba al infeliz Zurdo. Quisieron persuadirlo con invencible constancia, usando los muchos medios que su sabiduría y su virtud les prestaban; pero todo en vano. Los argumentos y doctrina de los sacerdotes solo arrancaban del Zurdo blasfemias espantosas en que el horror y la desesperacion parecian haber arrojado su mortífero colorido. Temblaba empero el tenaz blasfemo de sus propias execraciones, que solo alborotaba esperando que le salvasen la vida, pues no creía le hiciesen morir en su impenitencia. Mientras asi luchaba obstinado su ánimo con la conciencia y la esperanza, y mientras resonaban en el calabozo las exhortaciones de los sacerdotes, habia estado conferenciando muy vivamente Tragalobos con un fraile capuchino.—La cabeza he de perder yo, dijo al concluir su diálogo el baratero, con ese infame Zurdo. ¡Maldita sea su incredulidad, amen Jesus! Todo el dia me ha tenido el calabozo lleno de gente. Aqui han estado el arzobispo, todos los canó-

nigos de la catedral, cuantos capuchinos y jesuitas hay en Sevilla. ¡Nada! Todo es predicar en desierto. Lo mismo se convierte él que ahora es de noche.

—¿Pero no le puede usted convertir, dijo el capuchino, haciéndole partícipe de sus esperanzas?

—¡Dios nos libre! contestó el esperto Tragalobos. ¿No ves la angustia que está pasando? Si oye la menor indirecta no tarda tres minutos en dar una declaracion que nos pierda á todos, á ver si puede salvar su abominable cabeza. Y por otro lado es menester que yo le haga confesar. ¡Los demonios se lleven á cuantos hereges hay en la tierra! Vamos á ver si puedo hacer algo.

Asi habló *sotto voce* el baratero, y llenando de compuncion el semblante pidió con humildad á los frailes le dejasen persuadir á su manera al desgraciado reo. —Tal vez mi rusticidad, les dijo, tendrá con él mas efecto que la sabiduría de sus reverencias. — Asi sea, contestó uno de los prelados; hombres

rústicos fueron los apóstoles, y la gracia divina ha sido con frecuencia la dote de un pastor. Estaba en efecto comprometido el honor del clero. ¿Cuál hubiera sido el sentimiento público sino obstante toda la elocuencia religiosa hubiese el Zurdo muerto impenitente?

— ¿Quieren sus reverencias permitirme, sabios y santos señores, preguntó el nuevo predicador, que yo lo convierta acá á mi manera?

— Emplea los medios que tengas para tan caritativo objeto, replicó el sacerdote.

Con esta licencia se encogió Tragalobos de hombros, le echó al Zurdo mano al pescuezo, y diciéndole "Ven acá, hijo mio," se lo llevó arrastrando y á empujones á su cama sin la menor ceremonia. Despues de haberlo hecho sentar á la fuerza, amenazándolo de que lo ahogaria á la menor resistencia, empezó asi su mision evangélica.

— De cuantos hombres brutales y bajunos he tenido yo la mala suerte de

echarme á la cara en este mundo, tú, Zurdo, eres el mas vil y el mas infame.

Este consolador proemio arrancó un mar de lágrimas al forzado catecúmeno. —¡Y tambien usted, tio Tragalobos, esclamó sollozando, se ha revuelto contra mí! No esperaba yo un ultrage de esos labios en mi hora de amargura.

—¿Tu hora de amargura, sapo, víbora y alano? le preguntó Tragalobos espumando de rabia: ¿Y estoy yo acaso en mi hora de fortuna? ¿No es este mismo pescuezo que aqui tengo, ¡arrastrado cobarde! el que se ha de retorcer mañana? ¿No son estas mismas manos, estos mismos pies, los que se han de clavar por los caminos reales antes que pase otro sol?

Estas imágenes hirieron con nueva angustia el corazon del Zurdo. —¡Vírgen Santísima del Cármen, esclamó de lo mas íntimo de su alma, no me abandoneis! ¡Amparadme, madre misericordiosa!

—¡Confiésate! le gritó el monitor.

¡Confiésate! y la madre de Dios te ayudará.

Este consejo produjo mal efecto. Era para Zurdo su impenitencia el ancla de la esperanza, y confiaba en que no se le quitaria la vida si continuaba inconfeso. Se levantó á impulso de un movimiento convulsivo, gritando:—¡Yo no confieso! ¡A mí no me engaña nadie! ¡Yo no creo en la Concepcion ni en la Trinidad!

—¿Y cómo te atreves, le preguntó Tragalobos con voz severa, á tomar en boca tales nombres? ¡Vé y confiesa! Y añadió en voz baja confiesa al momento. Esa es la única tabla que te queda para salvar tu asquerosa vida.

Un rayo de esperanza penetró la mente del Zurdo. Clavó los ojos en Tragalobos, y despues de algunos instantes le preguntó con vehemencia:—¿Me engaña usted, tio Tragalobos? Y en el mismo acto continuó sus gemidos diciendo, usted quiere que yo confiese para que muera mañana.

Ya se iba consumiendo la paciencia

de Tragalobos. — Dime, le preguntó á su cliente, ¿qué vestido de seda tengo yo que estrenar con que tu te vayas al cielo ó á los profundos infiernos, para estarme aqui con mi santa pachorra enseñándote la doctrina? ¿Te has llegado tú á creer que daria yo la puntilla de un cigarro por veinte almas como la tuya? Anda, vé y confiesa, repitió en voz baja, confiésate, escorpion. Dile al fraile cualquier cosa, lo que te se antoje, y pídeles luego á todos ellos que te dejen solo para componer tu ánimo infernal. No pierdas tiempo, ó te cuelgan por el cuello mañana. ¡Prudencia!

El reo se levantó convertido. Se volvieron los ojos de los circunstantes hácia el nuevo misionario, cuyo humilde y compungido semblante presentaba una fuerte barrera á lo que se podia estar fraguando dentro del pecho.

Mientras el Zurdo confesaba de rodillas, dijo el baratero al capuchino que tenia junto: — Mucho me temo que la conversion de ese pillo sea demasiado tar-

día. ¡Pero tengamos confianza! Con esto sacó un grande rosario, y se puso á rezar muy devotamente.

Acabó Zurdo su confesion, y pidió que le dejasen solo por entonces. Prometió ocuparse en pedir á Dios le concediese su divina gracia hasta antes de la cena, cuando le dijeron los padres que volverian. Tragalobos hizo la misma súplica, y ambos quedaron bajo la estrecha guardia del centinela. Acompañó Cárlos al baratero y á su convertido al lado opuesto del calabozo, adonde los tres, con dos frailes capuchinos que habian quedado dentro, se arrodillaron ante la imágen del Salvador, y rezaron piadosamente el trisagio con alegría y edificacion de los otros frailes, que se habian detenido en el corredor á observar desde la ventanilla de hierro de la puerta lo que hacian los presos dentro del calabozo. El trisagio, entonado muy de recio, se continuó en voz algo mas baja, y á lo último ya no se podia entender lo que rezaban ni aun por el centinela puesto dentro del

calabozo. Los devotos se levantaron al fin, y volvieron hácia sus camas, escepto Cárlos, que continuó de rodillas entregado á sus oraciones.

Cuando hubieron los cuatro llegado con perezoso paso al medio del calabozo, se calaron simultáneamente los dos capuchinos sus capuchas, se lanzaron al centinela, le impidieron todo movimiento, y Tragalobos le quitó el fusil, y el Zurdo le tapó la boca con un pañuelo, todo con increible serenidad. Solo una voz se oyó en toda esta escena. La sentencia de muerte con que amenazó Tragalobos al centinela si hacia el menor movimiento. El desarmado militar hubiera perecido á manos del Zurdo, si Cárlos, sobresaltado por aquel repentino rumor, no hubiera pedido por él, y logrado que se le perdonara la vida. Le quitaron empero su uniforme con indescribible celeridad y profundo silencio, se le ataron los brazos, y un pañuelo como mordaza en la boca. Asi se le llevó al otro lado del cuarto. Zurdo se puso los

despojos del veterano; un temeroso puñal brillaba en la mano de cada fraile; y Tragalobos estaba junto á ellos con una bayoneta, todos cuatro esperando ansiosos que la puerta del calabozo volviera á abrirse.

Media hora habria pasado, cuando sonaron en el pasage los pasos de varias personas. El sonido distante de armas y llaves indicaba que el carcelero venia con tropa para relevar el centinela del calabozo. Se acercaron los pasos, crujieron las guardas de la llave, se corrió el ponderoso cerrojo, y entraron el carcelero, un cabo y un soldado. Apenas pasaron la puerta cayó el cabo sin sentido, habiendo recibido en la frente un formidable culatazo del fusil del Zurdo. Las manos de los frailes asieron al mismo tiempo al nuevo centinela, y le arrancaron las armas mientras Tragalobos puso la bayoneta sobre el estómago del carcelero prometiéndole introducirle un palmo de ella en el cuerpo si abria siquiera los labios. El epicúreo no quiso poner su man-

teca en peligro, y entregó sin resistencia las llaves á Tragalobos. Con preconcertada celeridad, y la resolucion del que defiende su vida, mandó el baratero desarmar y atar á las argollas de hierro que por la pared habia al carcelero y los soldados. Luego habló asi á Cárlos: "Señor caballero, su calabozo de usted está abierto. Huya usted de él ó quédese dentro; como guste. La ocasion es calva, y solo un cabello tiene en la chola. Si usted no lo coge, su sangre sobre su propia cabeza." Con esto salió seguido de los frailes y el Zurdo. Sin dilacion procedieron los cuatro al calabozo inmediato, se precipitaron sobre el centinela, le desarmaron, ayudaron á los presos á romper sus grillos, y aumentada su fuerza con tres hombres dejaron en el calabozo al centinela encerrado. Tragalobos mandaba ya siete foragidos, cuatro armados con fusiles. Queria el Zurdo que se dirigiese al próximo y último calabozo habitado del oscuro corredor, para repetir la escena que con tan buen éxito

habian ya acabado con los otros centinelas, pero se opuso Tragalobos, sin condescender á manifestar los motivos que para ello tenia. "¡Yo soy Tragalobos! esclamó: ¡quien me desobedezca muere!" Los recien librados presos oyeron con temeroso respeto aquel nombre, y ofrecieron á su posesor ciega obediencia. "¡Seguidme, y no perdamos tiempo! dijo el venerado baratero. A sorprender la guardia que está á la entrada del pasage. Diez hombres tiene; cuatro estan ya encerrados; solo quedan seis, y esos no han de tener en las manos los fusiles."

Volaron todos á la entrada del corredor. Dos soldados estaban jugando á las cartas; uno acostado en un banquillo, los demas cantando y arañando una guitarra decrépita y sin cuerdas. Antes que estos perezosos volvieran de su sorpresa, ya tenia cada uno una bayoneta al pecho, y todos se vieron obligados á seguir á sus feroces vencedores. La vergüenza detenia el paso de los soldados; pero la bayoneta del Zurdo dió á enten-

der al mas tardío que habia elegido inoportuno tiempo para manifestar su cachaza. Los demas obedecieron, aunque con juramentos y maldiciones, á los bandidos, y un momento despues estaban encerrados con sus compañeros. La conquista del último calabozo era ya facil. Abrió la puerta Tragalobos y descubrió al centinela retirado al fondo montando el fusil, y mandando á los foragidos hacer alto en nombre del rey. Esta inesperada é intrépida resistencia detuvo por un momento la impetuosidad de los agresores. Pronto, empero, se recobraron, lanzándose sobre su adversario, que con serenidad castellana apuntó y quitó la vida al primero de sus enemigos. Los demas se apoderaron de él, y le dejaron de mala gana la suya, en forzosa obediencia á las órdenes precisas de Tragalobos, que valiente él mismo, respetaba siempre á los valientes. Entre los prisioneros libertados y los dos frailes habia ya catorce hombres. Estaban todos bien armados. Diez con fusiles y muni-

ciones; los demas con dagas y puñales.

Sin perder un solo instante se replegaron hácia la entrada del corredor con la firme esperanza de abrirse camino hasta la calle. Esto no pudo practicarse. La fuerte reja de hierro que cerraba el corredor no hubiera podido forzarse aun cuando hubiese estado indefensa. Pero al eco del tiro que disparó el último centinela, el oficial de guardia de la cárcel habia enviado á investigar la causa un cabo con dos soldados, pidiendo al mismo tiempo socorro al capitan y guardia del principal situado en la plaza de San Francisco. Cuando llegó Tragalobos con su gente á la entrada del pasage, iba ya el cabo á mandar por las llaves de la reja de hierro. Si se hubieran retirado los presos, dejando que se acabase de abrir, tal vez hubieran podido llevar su evasion á cabo; pero el miedo del Zurdo fue fatal para sus compañeros. Disparó por entre las barras su fusil, é hirio á uno de los soldados; el cabo se retiró precipitadamente, dejando á los reos al otro

lado de las inconquistables barras.

Tenia el alcaide de la cárcel la costumbre de abrir una vez al dia aquella reja para que entrasen en el pasage el carcelero y la guardia de diez hombres que por lo comun se quedaban dentro hasta el dia siguiente. Si algun sacerdote ú otra persona deseaba por acaso entrar en aquellas remotas partes de la cárcel, el alcaide abria y volvia á cerrar en persona.

Tragalobos y su gente empleaban en valde la fuerza en inútiles pruebas contra la inmoble barrera que los detenia, cuando llegó á la prision el capitan del principal á la cabeza de su gente. Oyeron los presos desde la reja el tambor y medido paso de la tropa. "¡Silencio!" gritó Tragalobos. "Siete hombres á lo largo á cada lado del corredor. Separaditos. Media vara de distancia de hombre á hombre. Mas todavía. Asi está bien. ¡Confianza y serenidad, hijos mios! Cuidado que no me dispare nadie un tiro sino por entre las barras de hierro y con buena puntería.

Siempre el fusil á la cara. Disparar cuando haya ocasion. ¡Valor y estamos libres!" La oscuridad del pasage ocultaba y favorecia la posicion de los bandidos.

Altivo é impávido avanzaba en tanto el capitan hácia la reja seguido por treinta hombres. El resto de su tropa le habia distribuido en otras partes del edificio para refrenar á los presos. No menos resueltos que los veteranos, y protegidos por la puerta de hierro, rompieron el fuego los presos y cayeron á tierra dos soldados antes de que el capitan hubiese llegado á ella. Viendo que las barras impedian su progreso, clamaba el capitan desde afuera por las llaves, situando al mismo tiempo sus soldados del modo mas ventajoso que en aquella estrechez se podia. Las llaves empero no se hallaron, porque el alcaide, hombre de valor poquísimo distinguido, se escondió en los momentos de peligro aterrado de considerar las resultas probables que contra él pudieran tener las reminiscencias de los presos. El capitan alineó su gente con velocidad y pe-

ricia, y empezó á caer sobre los foragidos una corriente de fuego graneado. Pero las hábiles disposiciones de Tragalobos protegian tan eficazmente su gavilla, que aunque no podia ésta hacer gran daño á los soldados, tampoco estaba espuesta á recibirlo. El fuego se aumentaba por ambas partes. Los presos estaban envueltos en oscuridad absoluta; los soldados apenas visibles á merced de la postrera luz del dia; el fuego de los soldados no tenia por consiguiente objeto; el de los bandidos hería á veces la destinada víctima. Al rugir de los fusiles y al traves de una nube de humo vieron lucir los presos las doradas decoraciones del capitan. Avanzaba fieramente con un manojo de llaves en la mano, y logró abrir el candado del cerrojo. Una bala le atravesó el sombrero, otra le quitó las llaves de la mano; pero ya estaba levantado el cerrojo, y se puso intrépidamente á descorrerlo. La puerta se abria hácia afuera. "¡A él, hijos mios!" gritaba Tragalobos desde el interior; y se precipitó bizarramente há-

cia la puerta, y echó un pequeño cerrojo que por dentro habia en el punto mismo en que acababa el capitan de descorrer el otro. Se renovó el fuego con grande vigor por ambas partes, pero los presos llevaban aun la ventaja. Mantenian su puesto, y aun no habian perdido un hombre. El esforzado capitan se avergonzaba de verse detenido por una turba de facinerosos. "¡Aqui todo el mundo!" gritó precipitándose á la reja con el total de su gente. Su voz resonaba superior al estrépito de la fusilería, como el trueno sobre los gemidos de un mar proceloso. Obedeció la gente. Asieron todas las manos la reja, y con un repentino y unido esfuerzo hicieron saltar el cerrojo y se abrió la puerta. El gefe atacó el primero espada en mano á los prisioneros. Era el pasage tan estrecho que solo tres hombres podian entrar por él de frente. Por acaso se encontraron opuestos el capitan y Tragalobos, y se lanzó el primero sobre su adversario cual leon que invade las cavernas del tigre. Vibraba su espada

como una centella en derredor del firme fusil y bayoneta de Tragalobos, pero sin poder tocarle ni apenas defenderse. Ciego ya de ira se arrojó sobre el arma contraria, y con su cuerpo la hizo caer á tierra. Recedió Tragalobos, y se apoderó un terror pánico de su gente. Ni el valor ni la ferocidad pudieron resistir á la disciplina. El amor de la vida que alli estaban defendiendo inspiró nueva bizarría á los presos. No obstante la desventaja con que ya peleaban, defendian con maravillosa resolucion y palmo á palmo su terreno. Los gritos de los combatientes, los alaridos de los que caían, el trueno de los fusiles, las execraciones y voces de mando resonaban con temerosos ecos. Un grito agudo y horrible atravesó este rumor espantoso, y las despedazadas y humeantes entrañas del Zurdo se vieron levantadas en la alabarda de un sargento. "¡Animo, muchachos! ¡Animo y á ellos!" repetia en el conflicto la voz de Tragalobos, ansioso de inspirar á los demas la confianza que ya iba él mismo

perdiendo. Pero el temor se difunde con la velocidad del eléctrico. Al ver el palpitante corazon del Zurdo heló el pavor todos los pechos. "¡Abajo las armas en nombre del rey!" gritaba el capitan. "¡Pena de muerte al que siga la resistencia."

En este estado se hallaba la accion, cuando un fuego de fusilería que sonó en otras partes del edificio sorprendió á ambos beligerantes. Tragalobos, aprovechando aquella ocasion favorable "¡Somos libres, muchachos!" gritó. "¡A ellos, hijos mios, á ellos y somos libres! ¡El Niño viene á sacarnos!" Estas palabras hicieron renacer la esperanza en el seno de los presos. Se precipitaron con nuevo vigor sobre la tropa, que á su vez empezó á perder tierra. La noche habia envuelto todos los objetos en sus sombras. Solo alumbraban aquella terrífica escena los pálidos fogonazos y relámpagos de los fusiles. Entregados los combatientes á una ira frenética, por el honor en una parte, por la desesperacion en la otra, daban en

todas la muerte y en ninguna se temia. A la triste luz de los fogonazos se vió á un soldado asir y morder con fuerza convulsiva el acero enemigo manchado de su propia sangre, y con el pecho abierto por tres partes atacaba todavía y amenazaba con la muerte. Peleando en la vanguardia cayó Cárlos bajo la espada del capitan, cuya impetuosidad detuvo de nuevo el intrépido y fuerte Tragalobos.

Mientras continuaba la batalla con frenesí no mitigado, pasaban en otra parte interesantísimos sucesos que nos es forzoso referir.

La gitana, cuyas provisiones habian formado la despensa de Tragalobos mientras estaba entre los presos del patio, gozaba cerca del baratero los honores de administradora ó encargada de los ministerios de hacienda, de estado y del interior. Tambien solia encargarla de comisiones diplomáticas.

Cuando lo sentenciaron á muerte confió á la gitana una de esta especie, en que manifestó la plenipotenciaria distinguida

capacidad para árduas negociaciones. Se presentó al Niño, y sus talentos perfeccionaron un plan de operaciones concebido y propuesto por Tragalobos para su propio rescate. Los esfuerzos que acaban de describirse formaban parte de este plan.

Protegido por el crepúsculo de la noche, habia el Niño penetrado á caballo hasta la plaza de San Francisco de Sevilla. Algunos de sus compañeros le siguieron desde lejos, y dividida su gente en pequeños grupos, entraron sin causar sospecha por diversas puertas de la ciudad. A la oracion se hallaban juntos cerca del convento de San Francisco y casi enfrente de la cárcel. Diez y nueve hombres decididos acometieron con el Niño la puerta de la prision, que hallaron empero cerrada. El capitan del principal habia mandado echar todas las barras y candados antes de subir con su tropa la escalera. Lejos de desmayar el Niño, apuntó con su trabuco á la ponderosa cerradura, que hizo saltar en mil pedazos; pero no cedia la

puerta. Se hicieron todas sus tablas astillas, salieron todos los goznes de quicio, mas quedaban inmobles las barras. El fuego dirigido contra la puerta fue el que, como hemos dicho, oyeron los que peleaban en el pasadizo. No quedándole otro medio pegó el Niño fuego á la puerta, y al fin pudo entrar por entre las llamas, seguido no solo de su gente, sino de una cohorte de reñidores de profesion que la curiosidad habia juntado á su alrededor. Abundaba en aquella época España, y particularmente Sevilla, en segundones de familias nobles, agudos ingenios, perezosos estudiantes, y otra gente non sancta, medio matones, medio caballeros, para quienes no habia delicia como andar á estocadas, fuese la querella cual fuese. Gozaba el Niño entre estos héroes popularidad ilimitada. Su clemencia, su breve pero natural justicia, y sobre todo su noble bizarría, se levantaban diariamente á las nubes por las musas beodas de aquellos matasietes, siempre prontos á empuñar la espada en su defensa

A estas clases pertenecian los mas de los ociosos partidarios del Niño. En la ocasion de que hablamos le ayudaron con ardor que hubiera sido honroso en defensa de mejor causa. A la luz de mas de cien hachas de viento, se lanzaron todos siguiendo al Niño por la escalera arriba de la cárcel. Los soldados, á quienes dejamos combatiendo en el pasadizo, se vieron repentinamente asaltados por una nueva fuerza de mas de cien hombres, mientras solo les quedaban á ellos veinte. Se veía el desaliento en los semblantes de los soldados; pero obedientes hasta el último punto á su capitan, volvieron caras diez á cada lado; y no pudiendo ya moverse ni cargar las armas, recibieron á los enemigos con las bayonetas. Cesó el fuego. Ascendia el humo en leves ondas, y las hachas iluminaron aquella sangrienta escena. Ya no quedaban mas que siete de los presos, casi desfallecidos de tan larga lucha; pero aun sonaba la voz de "¡ánimo, muchachos!" que emitia el inconquistable Tragalobos á pesar de tener rota la

quijada inferior y colgándole sobre el pecho. La decision, bizarría y disciplina de la tropa contuvo por algun tiempo al Niño. Le embarazaba la turba aliada de los caballeros ó majos que no querian avanzar ni podian retirarse. Faltaba ya la energía en los foragidos, y empezaban á recobrar la superioridad los soldados, cuando gritó una voz, "cegarlos con las hachas." Desde aquel punto se decidió la victoria por los presos. Herian los matones con el alquitran encendido los ojos de la cansada tropa, y caían las armas de las manos. "¡Pena de muerte al que toque á un veterano indefenso!" gritaba por cima del tumulto el Niño, vibrando el ensangrentado acero. "¡Hácia mí, Tragalobos! ¡Firme y adelante! ¡Ahora, muchachos! ¡A ellos!" Con estas palabras cerró como en antiguos tiempos las falanges, arrollando los pocos guerreros que aun manejaban con débil mano las bayonetas. Logró juntarse á Tragalobos. Ambas partidas hicieron un esfuerzo para empezar la retirada; mas los de-

tuvo el ya solo pero fuerte brazo del capitan. Fulminaba su espada con rápida devastacion y ruina por entre las cerradas masas del Niño. Cien espadas le rodeaban; pero resuelto á morir alli, no cuidaba de su defensa, y solo del mal del enemigo. Tres hombres habian sido víctimas de su valor en aquellos últimos momentos, cuando le rompió el brazo un terrible golpe que á dos manos le dió en él un preso con una barra de hierro. Se le cayó entonces la espada. El puñal de uno de los presos lució al punto sobre su pecho. Vió la accion, levantó la cabeza, y casi hizo vacilar al bandido de una mirada. Cárlos, recobrado apenas, desarmó al asesino con su bayoneta, se puso al lado del capitan, y declaró guerra á quien osara tocarle. No tuvieron efecto sus amenazas. Muchos asaltaron al indefenso y bizarro oficial, por quien peleó Cárlos dos ó tres minutos con ardiente y afortunada proeza. "¡Abajo las armas! ¡Muerte á quien las mueva contra el capitan ó el caballero!" dijo el Niño con

acento de hierro. "Todo el mundo á la calle." La turba desapareció á su voz como por encanto.

— Accepte usted mi espada, señor mancebo, dijo el capitan á Cárlos. Es una prueba de mi gratitud. Si otra vez nos vemos la espresaré mas ampliamente.

Cárlos queria rehusar el don, pero el oficial le obligó á que lo aceptara. Tomó el jóven la espada, y lleno de confusion y de sonrojo empezó á disculparse de lo que habia hecho. En medio de su discurso se apoderaron de él dos hombres de formidable fuerza, y diciéndole uno de ellos "¿qué hace usted aqui, señor don demonio? maldito sea quien pasa en cháchara las ocasiones." Lo sacaron en brazos de la cárcel. Un instante despues estaba confundido entre la mucha gente que llenaba la plaza de San Francisco.

CAPITULO IV.

Gloria llamaba á la pena,
á la cárcel libertad,
miel dulce al amargo acibar,
principio al fin, bien al mal.

Góngora.

Las herraduras de los caballos, las voces del populacho, las imprecaciones de unos, la aprobacion de otros, llenaban de confuso murmullo la plaza de San Francisco. Solian romper la oscuridad de la noche las luces de las hachas de viento que giraban y se cruzaban de una parte á otra. — Ya está usted libre, gracias á todos los santos, señor caballero, dijo uno de los dos hombres que habian sacado á Cárlos de la cárcel: encomiéndese su merced á los talones, y Dios le ayude. Con estas palabras le dejaron entre el gentío y desaparecieron.

Empezó á caminar dificultosamente

el caballero apoyándose en la espada del capitan, la misma con que se habia herido desesperadamente un pie en la pelea de la cárcel. Pudo llegar, no obstante el dolor y pérdida de sangre, hasta la fuente del otro lado de la plaza, y se sentó junto á ella resignado á sufrir las calamidades que le estuviesen preparadas. Reclinó la cabeza en la taza de la fuente, y se quedó como aletargado. Advirtiendo esta circunstancia uno de los muchos ociosos que por alli andavan, le acercó al rostro la luz de su hacha, la apagó al instante en la fuente misma, se quitó la capa, cubrió con ella al caballero, y maldiciendo al inventor de las cárceles, dió á correr por la que llaman hoy calle de Génova.

Ya para este tiempo el infatigable capitan que tan bizarramente se habia batido en la cárcel, tenia junta la tropa que dejó anteriormente de guardia en el patio, y á la cabeza de los que no eran necesarios para contener los presos y de algunos caballos que acababa de enviarle el gobernador, marchó á la plaza de San

Francisco sin acordarse de que tenia el brazo roto. Mandó usar profusamente las culatas de los fusiles y plano de las espadas y dispersar la gente á toda costa. Esta providencia dejó amoratadas y negras huellas en los miembros de muchas personas pacíficas, pero de tardos movimientos que no podian despejar tan pronto como los verdaderos cómplices del Niño.

Ya relucian las espadas de los soldados cerca de la fuente adonde yacía nuestro caballero. Cárlos abrió los ojos y conoció que no le era posible escapar; ya la tropa llegaba, volveria á llevarle á la cárcel, y tendría un crímen mas de que responder. Probó en vano á levantarse, y se resolvió al fin á darse preso sin agravar su causa con una inútil resistencia. Un hombre pobremente vestido se llegó á él en este instante, y saludándolo en voz baja por su nombre, antes le dió que le ofreció ayuda. Con fuerza superior á la que su apariencia prometia, alzó á Cárlos en sus brazos y le puso sobre una flaca mula que del cabestro traía. La debilidad

de Cárlos contribuyó á dilatar esta operacion, dando á la caballería tiempo para llegar á la fuente. Amenazaron con las espadas á aquel sospechoso grupo, y fueron á rodearlo, cuando tocó el hombre mal vestido los hijares de su bestia, que salió á escape con nuestro héroe. Siguiéronle á galope tendido los soldados; pero tal era la rapidez del fugitivo animal que antes de pasar dos calles ya no oía la tropa ni el ruido de sus herraduras.

Admirado de la velocidad de su carrera, y vacilando al mismo tiempo en la silla, continuó Cárlos huyendo algunos minutos. Al considerarse ya libre refrenó su mágica mula un poco, pero sin hacerle cambiar la direccion que ella de por sí llevaba. De allí á poco tiempo volvió la esquina de una callejuela, cuando un hombre que parado en ella estaba se apoderó del cabestro. — ¡Alto con mil de á caballo, señor nostramo! No le atraviese usted los hígados á su criado humilde. ¿Qué, no me conoce usted todavía?

— Sí conozco, contestó Cárlos, é in-

fiero por la voz que es usted aquel mismo mancebo que me llevó una carta á Aznarcollar.

— El mismo para servir á Dios y á su señoría, replicó el del mensage tomando la cuerda de la mula y echando á andar delante de ella. El mismo mancebo. Quizá se conserva aun en la memoria de su señoría que la graciosa cortedad de mi nariz fue causa de que me llamasen las gentes el Chato, nombre que yo he ennoblecido con mis hechos.

— ¿Y dígame usted, señor Chato, preguntó el caballero, adónde piensa usted llevarme?

— A un sitio seguro, señor nostramo; adonde pueda su hidalguía curarse. Porque ha de saber usted que yo vine esta tarde con el Niño; ví á mi ilustre amo el noble Tragalobos con la quijada cerca del bolsillo, me puse junto á él, y me le llevé sano y salvo y en triunfo en estos brazos que ha de comer la tierra. Me dolia el alma al acordarme de V. S.; pero el Chato no tiene mas que un cuer-

po, y este cuerpo es de su amo Tragalobos. Sin embargo le envié á vuestra merced dos hombres, mandándoles que antes volviesen sin las cabezas que volver sin su señoría.

—En efecto, ellos me sacaron de la cárcel, me llevaron á la plaza...

—Y le abandonaron como cobardes, aunque no verian que estaba su merced herido. Pero por sí ó por no, no han de seguir ni cinco minutos mas entre los servidores del Niño. Nosotros, señor caballero, somos todos valientes. El que una sola vez se acobarde no merece estar entre nosotros. Pero ya tenia yo entre ojos á los dos tunos. Habian peleado bien y mucho; se veían libres y en la calle, los hago yo volverse solos á la cárcel, sacan á su señoría, suena el tambor del capitan, y salen de estampía, como saldran sus almas para el infierno, abandonando á su merced como hubieran abandonado á su padre.

Chato hizo alto, y tocó dos ó tres veces un agudo pito.

—Pues señor, continuó, pasé como iba diciendo, me entiende usted, por cerca de la fuente, cuando ví un bulto estraño.—Chato repitió su silbido.—Y como iba diciendo, descubrí á su señoría chorreando sangre. Maldije la mano que á tan buen caballero habia herido, le cubrí á su merced con mi capa, corrí por mi buena mula... pero ya está aqui. Dios la bendiga.

En efecto, se habia aparecido en la calle á los silbidos de Chato una muger de estas que suelen pasearlas por las noches vestidas de rabiosos colorines. La siguieron Chato y Cárlos por un confuso laberinto de retorcidas callejuelas, dió dos palmadas, y se abrió una puertecilla pequeña. Tomó Chato en los brazos al caballero, y entró con él en la casa, y atravesó un piélago de tinieblas, siguiendo al oido la dama, que decia unas veces, "bajad la cabeza," otras, "subid tres escalones, bajad ahora cinco" &c., hasta conducir á Cárlos á lo que parecia en el tacto un jergon de paja puesto en el sue-

lo. Suplicaron luego al señorito esperase un poco, y el Chato y la muger se volvieron, dejándole en oscuridad absoluta.

Las violentas y precipitadas hazañas de aquel dia empezaban á parecerle á Cárlos odiosos crímenes, de que queria en vano disculparse. Le sugirió la razon que aquellas acciones son por lo menos dudosas, que exigen la propia apología. Estos prudentes pero tardíos pensamientos ocupaban á nuestro héroe, cuando oyó pasos cerca del sitio adonde estaba. Una luz pasagera iluminó el cuarto á traves de ciertas aberturas que en la puerta habia, y poco despues entró una muger con una vela de cera en una mano, y la otra levantada entre la luz y los ojos. Se aprocsimó cauta y silenciosamente al lecho, y creyendo que el herido durmiese: —¡Qué hermoso muchacho! dijo. ¿Quién ha visto una cara semejante ni en Triana ni en la Macarena? ¡Dios lo bendiga! continuó ya mas de recio advirtiendo que Cárlos no dormia.

—Dios la bendiga á usted, buena

señora, replicó el jóven, congeturando por la voz y modales de la dueña que habia visto correr mas de las tres cuartas partes de un siglo. Puso ésta su luz en el suelo, y le pidió á Cárlos mostrase sus heridas, para cuyo fin empezó francamente á quitarle los vestidos.

—¡Santa María Egipciaca y las otras tres Marías me valgan! esclamó al ver las heridas cubiertas entonces de congelada sangre. Pero no se limitó su interes á simples esclamaciones: sacó una caja de instrumentos, hilas y pomadas, cuyos objetos empezó á manejar con la destreza de un esculapio. Recomendaba sus medicinas con innumerables oraciones y conjuros pronunciados en la lengua de la gitana tribu. Concluida la primer cura mandó al caballero se acostase, le trajo despues una taza de escelente caldo, una tostada y un vaso de vino generoso. Reanimado ya por esta refaccion dió Cárlos gracias á su bienhechora, que se separó de él llenándole de bendiciones, llamándole su perla y su topacio y dulce luz de sus ojos.

Muy de mañana estaba la gitana al otro dia sentada á la cabecera de su rico clavel, á quien guardaba el sueño como solian las diosas de allende á sus favorecidos guerreros.

Cuando despertó Cárlos se creyó del todo restablecido. Su apartamento no dejaba de asimilarse á los del patio de la cárcel, ni contenia otros muebles que su jergon, un boquirroto cántaro, y la buena gitana, si por acaso hubiera esta sido un mueble. Despues de los saludos de cortesía le dijo la gitana: —Ya estás casi bueno, lucero mio; pero no puedes hoy moverte de la cama. Mi hija te traerá el desayuno. Trátala bien, hermoso, que es la pobrecita la luz de mis ojos. Y salió al concluir estas palabras, antes que tuviese Cárlos lugar de responderle.

A poco tiempo se apareció en el cuarto una de aquellas raras hermosuras que á primera vista cautivan los sentidos. Traía una jícara de aromático chocolate en la mano. Eran tan elegantes los con-

tornos de su forma, tan flexibles y elásticos sus movimientos, tan suave la espresion de su rostro, tan viva y espresiva su mirada, que embelesado el caballero, dudó si un angel en sus sueños se le aparecia. Hasta la mística sagacidad de su tribu daba á la fisonomía de la sílfide hechizos inesplicables.

—Felices dias, noble caballero, dijo la ninfa ofreciendo á Cárlos el chocolate con sonrisa encantadora, tome su excelencia este corto refrigerio, y ojalá le sea tan grato como un sueño delicioso.

—Dulcísimo como la realidad de la ventura, le contestó el admirado jóven, viniendo de tan hermosas manos.

—Bien dicen, que es su excelencia tan cortés como bizarro. Aqui le traigo una rosa. No tengo joyas mejores. Quiera Dios que en su fragancia halle sabroso regalo el caballero, que su color le alboroce, y que no le puncen las espinas. Al mismo tiempo le entregó una rosa cubierta aun de rocío, inclinó la bella cabeza, y salió con tan leve paso que

pareció mas bien que se habia desvanecido su imágen.

—¡Qué muchacha tan hermosa! esclamó Cárlos al verse solo. ¿Pero quién, Isabel mia, quién te iguala en elevacion de alma, en gracias, en afabilidad, en sentimientos? ¡Y la he perdido para siempre! El caballero dió un profundo suspiro, se reclinó de nuevo en su lecho, y se entregó á mil melancólicas reflexiones, hijas de la situacion desesperada en que se hallaba.

Dos ó tres gitanas visitaron aquel dia al herido, y le curaron y asistieron con mucho agasajo, diciéndole ademas que el ama de la casa habia tenido precision de salir, y no volveria hasta muy tarde. En efecto, ya era de noche, cuando la madre y la hija entraron en el cuarto resueltas á exorcizar la melancolía de huésped. Se valieron para conseguirlo de mil medios. La voz de la doncella, mas armoniosa aun que las proporciones de su contorno, ondulaba en el oido del caballero con vibraciones de dulcísima melo-

día; sus dedos por las cuerdas de la guitarra con mas delicioso efecto que en el harpa de Eolo las alas suaves de los céfiros. ¿Pero qué encantos pueden penetrar el pecho en que derrama el dolor su ponzoñoso cáliz? — Ay de mí, noble señor, dijo al fin suspirando la ninfa, y conociendo la ineficacia de sus cadencias; no agrada la música á su señoría: ¿qué podré yo hacer para complacerlo?

— Esa música, hermosa niña, parece música del cielo, y encantaria al que no fuese tan infeliz como yo soy. Perdonadme mi distraccion y tristeza...

—¡Tan triste á los veinte años! esclamó interrumpiéndolo la madre; pues qué, ¿no tiene mejor novia que la melancolía un mancebo cuyos labios hacen pálidas las rosas, cuyos ojos son mas brillantes que las lunas de enero? ¿Qué te aflije, ídolo mio?

Tenia la voz de esta muger cierto metal tan notable, que fijó la atencion del caballero. Miró con particular atencion á la gitana; pero tenia ésta la cara

tan cubierta, y era el cuarto tan oscuro, que le fue imposible distinguir su fisonomía. Tuvo, pues, que contentarse con oirle contar muchos cuentos de encantadoras y duendes de que al parecer deseaba la vieja pasar por heroina.

Aun no habia del todo amanecido al dia siguiente, cuando vino la buena anciana á tomarle el pulso, y registrádole que hubo las heridas le declaró capaz de acometer el viaje.

— ¿Adónde? preguntó Cárlos.

— A un sitio mas seguro, en que hallarás amigos que te aconsejen, replicó la vieja, añadiendo en alta voz: ¡Violante! ¡Violante! Tráeme los vestidos, hija mia.

De alli á poco entró la hermosa Violante con un desmesurado par de tijeras de esquileo, y cogidos con ellas, para librar de tal abominacion sus lindas manos, el lio de trapajos mas sucios que jamas ofendiera vista humana. Lo arrojó todo en el suelo, y salió de entre los harapos y fue rodando por él buen tre-

cho una cajilla redonda, llena de oscuro y craso betun. Cárlos retiró los pies con una especie de veloz instinto para que el tal botecillo no se los manchara. Esta accion causó grande risa á la vieja. — ¿Tan delicado es V. S. de estómago, señor caballero? preguntó entre carcajadas la octogenaria. ¿Por cuánto se pondria en la cara ese ungüento?

— Voluntariamente por cosa ninguna, replicó el caballero.

— ¡Pobre muchacho! continuó la abuela. Y muchísima razon que tiene, que es pecado mortal tiznar ese cutis de leche y rosa. Pero no tengas miedo, hijo de mis entrañas, que yo te daré una medicina que te quite las señales como con la mano. Y diciendo y haciendo, empezó la vieja á ponerle á Cárlos sobre sus vestidos todos aquellos trapajos y girones, y á pintarle la cara de oscuro con su ungüento. Le puso tambien al cinto las desmesuradas tijeras; le peinó el cabello recogiéndoselo hácia atras, y llenándoselo de aceite segun la moda gitana, le

echó por los hombros una raida y grasienta capa, y le acomodó casi todo un sombrero redondo en la cabeza. Esa espada tan hermosa, dijo á Cárlos cuando le vió ya ataviado, debajo de la pañosa; y luego á su hija: tráeme una cornucopia, Violante, para que se mire el señor. Cárlos dudó de su identidad propia al verse en el espejo. Tan completamente le habia transformado la gitana. Ahora, hijo mio, arríbita conmigo, dijo la maga, y tú, Violante, quédate aqui arreglándome el cuarto.

—No saldré yo de él, interrumpió Cárlos, sin manifestarle á usted mi agradecimiento. Hágame usted el favor de aceptar en señal esta bagatela. Y al mismo tiempo le puso en la mano su reloj de oro. Recibió este cumplimiento la maga con una mezcla de admiracion y enfado.—¿Y qué, le dijo retirando la mano, me quiere usted quitar el gusto de hacer una accion buena? Guárdese usted la repeticion, señor noble.

—Yo no pretendo pagar el beneficio,

sino solo reconocerlo, dijo Cárlos. Recíbala usted, y será un nuevo favor que le deba.

—¡Con que no ha de gozar el pobre ni del gusto de hacer un beneficio! Guárdate tu joya y no me mortifiques. Síguenme, que el tiempo se acaba, y con él la vida.

Los rasgados y espresivos ojos de Violante habian brillado sobre el mancebo mientras duró este diálogo. Matizaba el rubor sus megillas, y humedeció una lágrima sus negras y largas pestañas. —Noble caballero, esclamó Violante temiendo que la dilacion perjudicase á Cárlos, hágame usted el obsequio de darme esa joya.

—No pudiera yo hacer cosa mas grata, contestó entregándosela el caballero. Y asi aumente tu ventura, hermosa niña, al par del tiempo que la manilla señala.

Tomó el reloj Violante, y se le entregó á su admirada mamá, suplicándole lo aceptase por entonces, y se lo vol-

viese al caballero en un dia mas dichoso. — ¡Amen! replicó, entusiasmada la maga. ¡Acepto la joya, y con mas gusto el agüero, hija de mi alma! Y aplicó los secos labios á la megilla transparente de Violante, que ruborosa y confusa desapareció del cuarto.

La anciana se dirigió entonces hácia la puerta, pero deteniéndola Cárlos le presentó una banda que acababa de sacar del pecho, y le preguntó si la conocia.

— ¿Y es posible, esclamó la gitana en admiracion perfecta, que me hayas reconocido al traves de tantos disfraces?

— Sí señora. Desde que me susurró usted al oido el único secreto de mi corazon, secreto que á nadie habia yo revelado, y en el que apenas me atrevo á pensar yo mismo, su voz de usted ha resonado sin cesar en mi alma, y no puedo olvidarla.

— Maravillas del cielo, prodigios, esclamaba la vieja: ¡no haberme visto mas que una vez, un solo instante, he-

rido como estabas en la caza, y asi acordarte de aquello! En quince dias no dormiré solo de pensarlo. Todo lo sé. Me consta, dulce vision de mis ojos, que fuiste á Sevilla. Sé tus aventuras; sé que te fue inútil mi banda. Yo hice lo que pude por mi parte para satisfacer tu deseo; pero aunque superior á la gente comun del mundo, tambien tiene límites mi influencia.

—La banda fue, pues, inútil.

—Hijo de mi alma, yo te la dí condicionalmente. Junto á tí estuvo tal vez quien pudo hacerte feliz, pero no quiso.

—¿Y no bastarán mis súplicas para que usted ceda?

—¡Imposible! mi poder no alcanza á tanto. Pero se pasa el tiempo. Sígueme, alma mia, sé discreto y no desmayes.

Poquísimo satisfecho del resultado de esta conversacion, siguió Cárlos á la vieja por un intrincado laberinto de pasages y escalerillas falsas, hasta llegar á una trampa de madera, por la cual salió

á la tienda de un herrero. En ella le entregó su conductora á varios mozos gitanos que le esperaban, y montando todos en jumentos empezaron á caminar en alegre tropa. Ademas de las de sus heridas, tenia Cárlos la diversion de oir á todos sus compañeros de cabalgada decir mil gracias en gitano, lengua que él entendia tan bien como la siriaca.

CAPITULO V.

Yo que fui norte de guros,
Enseñando á navegar
A las godeñas en ansias,
A los buzos en afan,
Enmoheciendo mi vida
Vivo en esta oscuridad
Monge de zaquizamíes,
Ermitaño de un desvan.

Quevedo.

Salieron los gitanos por la puerta de la Macarena, tiraron á la izquierda, y se dirigieron hácia Triana, atravesando los solitarios campos que rodean la ciudad. Hizo Cárlos varias preguntas á sus guias, pero no pudo entender las respuestas, por ignorar la gerigonza gitana. Aunque no tenia nuestro caballero adonde refugiarse en las cercanías de Sevilla, casi le parecia mas acertado correr otra especie de peligros, que el de continuar en la compañía en que iba, ni deber por mas tiempo á aquella gente seguridad y amparo. Poseido, pues, de estas imagina-

ciones, detuvo su jumento y se despidió en buen español de los gitanos. Uno de ellos, que hasta entonces habia querido dar á entender que no entendia otras palabras que las de su jerga, se acercó al caballero y le preguntó sorprendido si tenia acaso adonde refugiarse, y si podria andar á pesar de su pie herido.—Tal vez me será facil hallar una guarida, respondió Cárlos, y en cuanto á este animalejo, yo daré su valor ahora mismo...

—¡Qué, si no es ese el item, señor noble! repuso el gitano. Nosotros llevaremos á su merced ilustre á la única ratonera en que no puede el gato echarle la uña. En separándose V. S. de nosotros, no tarda dos horas en volverse á ver en chinola, ni dos dias sin que me lo cuelguen por debajo de la barba.

—Yo sabré impedir ese desastre, replicó Cárlos.

—Señor caballero, esclamó el monitor, cuidado con caer en la segunda locura. Una basta para la vida de un

hombre, aunque viviera mas que el viento, y V. S. ya ha cometido la que le toca. Si en otra ocasion hubiera seguido mi sabio aunque pobre consejo, no le hubiera servido de tuétano á los calabozos sevillanos. Nunca en los peligros abandone su merced á los que estan prontos á morir por él.

—¿Y me hará usted el favor de decirme, preguntó Cárlos con bastante curiosidad, qué consejo suyo es el que yo he despreciado?

Iba á responder el consejero, pero echó un voto perfectamente esférico, que no siempre han de ser redondos, y empezó á talonear al asno. No fueron empero el voto ni el taloneo ocasionados por accion ninguna reprensible del humilde cuadrúpedo, sino porque absorto en la profundidad de su discurso, se habia metido en la boca el encendido clavo de un monstruoso puro que iba fumando. Limpios los labios de ceniza, y repuesto el cigarro, continuó asi nuestro Ciceron:—V. S., noble señor, debe tener, como pa-

rece que á mí me sucede, los ojos de esa cara nada mas que por adorno. Aun no sabe V. S. con quién habla, ¡cuerpo de Barrabás! ¿Quién puedo yo ser, atendida mi discrecion, sino el mismísimo Chato, el que llevó la carta de su merced á Aznarcollar, y el mismo mancebito que le libró no hace mucho á lomos de la famosa mula, ex-cabalgadura de los padres mercenarios? Ojitos por adorno digo.

—Ni los de un lince, contestó Cárlos examinando al orador atentamente, hubieran podido descubrirle á usted al traves de esa costra de betun que lleva en la cara. Hasta la nariz me parece mas larga de lo que solia.

—Segun eso, me atreveria yo á apostar mi puñal contra un cigarro á que no conoce V. S. aquellos dos caballeros que van alli descalzos montados en otros tantos burros.

— Ganaba usted el cigarro, señor Chato.

—¡Dios nos bendiga! ¡Y no le lla-

man á su merced el ciego! Pues no son mas que los dos frailecitos capuchinos que ayudaron á salir de trabajos á su señoría y al tio Tragalobos. Aqui cada uno se viste de lo que debe. A ellos les tocó ponerse de túnica y capucha, y con ese disfraz, y las barbas postizas, se metieron en la cárcel con la comitiva del arzobispo. El cómo se portaron no hay para qué decirlo.

—Con mucho valor se condujeron. Pero dígame, señor Chato, ¿adónde vamos ahora?

—Cada paso de los jumentos nos separa dos tercias del peligro. Espolee V. S. y no quiera saber mas. Las paredes tienen oidos: ¿quién sabe si los tendrán tambien los árboles? Y á fé que no tendria gracia que se viniese á descubrir por su parla que no es V. S. hombre de nuestra especie.

Poco despues de este diálogo sacó uno de la cabalgada una bota de aguardiente, que pasó de mano en mano recibiendo amorosísimo saludo de todos los

cabalgantes. No quiso Cárlos llegarla á sus labios, escusándose con no tener costumbre de hacerlo.

— Vaya, señor, una gotita, le decia Chato, que iba ya encendiendo otro cigarro; una uvita nada mas, y créame V. S.; el aguardiente es una de las buenas *eles*, porque tambien las hay malas, como su merced mejor sabe.

— Como yo ignoro, señor Chato.

— ¿Cómo que yo ignoro? ¿Un caballero que apostaria á que escribe de corrido casi tan bien como yo, escolar ademas, con su cacho de latin, y no saber medicina?

— Ni una palabra de ella. ¿Y aunque la supiera, ¿qué tienen que ver las *eles* con la medicina?

— ¡Pues no, que no tendrian! contestió el transformado bandido, estirado y orgulloso como un maestrillo de escuela: sepa su excelencia que lo que sobran son *eles* de las cuales *liberanos Domine*. *Eles* que cada una de ellas, señor caballero, bastaria á dar muerte á la estátua

del rey don Pedro; pero como antídoto y contraveneno, hay otras *eles* saludables, que darian vida al pedestal de la misma estátua.

—¿Pero qué *eles* son esas? preguntó Cárlos, que hasta ahora, señor Chato, ni una sílaba entiendo de lo que va usted esplicándome.

—Pues señor, á las obras de misericordia, y á enseñar al que no sabe. Sepa su nobleza, que la peor de las *eles* malas es la *L*ey. Ella estermina al pobre diablo que hace uso de su libre albedrío, al paso que sanciona y protege la licencia de los poderosos. La *L*ascivia, que llaman *amor* los señoritos, es la segunda *ele* perniciosa, porque con frecuencia pone á un hombre honrado entre las garras de la *L*ey. *L*itigio es otra de las elecitas, ó mas bien el huerto de donde la *L*ey saca sus legumbres, la fuente en donde bebe. Sigue luego la *L*abor, que ha de ser *ele* abominable, pues la aborrecen aun mas que la *L*ey muchos hombres. La *L*ocuacidad es otra *ele* infame;

del mucho decir saca la ley su partido. Y por no cansar, diré que la *L*epra es otra de las *eles* malas, porque al que coge, no le deja escapar de manos de la *L*ey. — Pero allá van las *eles* consolatorias, manantial de bien y ventura; sin ellas, no valdria un pito la vida. Tenga su ilustrísima siempre *L*icores de los mas fuertes, que dan alegría al triste y aumentan el gozo del alegre. *¡Libertad!* sin la cual ¿qué los tesoros del opulento, la salud del robusto, ni la sabiduría del filósofo? Tambien tenga suyos *L*agares, con los olivos de la aceituna y la tierra de los olivos, y no olvide ni el *L*ardo ni el *L*ienzo, que es triste figura la del hombre libre hambriento y sin camisa, y que no tiene un terron sobre que caerse muerto. Finalmente ha de tener el hombre bastante *L*ugar para hacer lo que se le antoje, ó para no hacer nada, que pierde la *L*ibertad su hermosura cuando hay que consumirla en el azadon y el arado. Estas son las principales medicinas que tomadas á tiempo... A este

punto de su farmacopea gritó súbitamente el nuevo Hipócrates:—¡Cuerpo de mi padre! ¿Qué es lo que veo? Mire su merced por mi vida, mire á quién tenemos alli. La atencion y vista de todos los ginetes se dirigió por el dedo de Chato hácia el objeto de su sorpresa y de su risa.

Un caballo de dimensiones colosales se habia estacionado pertinazmente á la orilla del rio, cerca del puente de Triana. Se podia decir del animal que *ossa atque pellis totus erat*; y á mas á mas que el tal *ossa* tenia solidez y superabundancia estraordinaria. La estructura del caballero que le montaba era análoga á la del bucéfalo; poca carne, casi ninguna, y exuberancia insólita de huesos. La edad del ginete tres duros y pico, como suele decirse; su trage negro alimosquino, y la apariencia eclesiástica. Ya se sabe que no hay para la gente maligna y de perniciosa intencion espectáculo mas jocundo que el de un hombre de iglesia en singular batalla de cualquier especie. Chato

y sus camaradas hicieron alto para divertirse desde lejos á espensas de la equitacion del caballero. En vano aplicaba este las espuelas á los inmensos y descarnados hijares del perverso animal; no respondia el bruto á cada embite mas que con una cabezada, como quien acusa el recibo, pero quedaban las piernas tan fijas en la arena como las pirámides de Egipto. Desmontó el del negro vestido, le pasó la mano por el erecto, inmóvil y dilatado cuello, volvió á encaramarse, espoleó de nuevo los duros flancos, se empezó á echar sobre el arzon delantero con repetidos movimientos, á ver si los seguia el caballo, y al fin, siendo todo inútil, le arrojó la brida sobre el pescuezo y cruzó los brazos en señal de desesperacion.

—¡Bien sacado ese caballo! esclamó Chato entre las risotadas de sus amigos: ¡voto á tal que parece que nació el señor puesto ya en la silla! Y viendo que ni siquiera se sonreía Cárlos, le preguntó Chato cómo estaba tan sério, y si co-

nocia al ginete. Cuando dijo Cárlos que no, se renovaron las carcajadas de Chato, y esclamó:—¡Barrabás me lleve si no le regalo yo á V. S. un par de anteojos. ¿Es posible, señor caballero, que no conozca ni aun al escribano de su propio pueblo? Confesó Cárlos la falta de sus ojos, y vió que no era otra, en efecto, aquella especie de estátua ecuestre que la del idéntico escribano de Aznarcollar, de purpúrea y memorable capa. Venia á Sevilla este digno miembro del concejo aznarcollariense á pedir *justicia* contra la *justicia* de su lugar, que rehusaba satisfacerle el valor de la dicha capa perdida, segun él con énfasis decia, en el servicio de S. M.

—Por mi vida que voy á hacerle un buen servicio á su señoría, esclamó Chato, apretándose con una mano el sombrero y picando con la otra su jumento. Una buena accion, aunque sea al demonio, dijo, y salió galopando hácia el inmoble cuadrúpedo del escribano. Este pendolista vió venir á Chato en su ayuda con

placer increible, imaginándolo gitano, y acordándose de la habilidad de esta gente para el manejo de testarudas bestias. Afirmese su reverencia en los estribos, empezó á gritarle Chato desde lejos, dando á entender que le creía hombre de iglesia, apriete bien las rodillas, y yo le haré al jaco que nos baile aqui un fandango punteado.

—Con un minué me daria yo por satisfecho, buen jóven, respondió el escribano en su solemnidad.

Llegó Chato, acarició, picó, y aun aporreó atrozmente al animal estupendo, pero sin obtener resultado. — Pues sepa su reverencia, dijo Chato, que si no hago yo andar á este cementerio, no hay en España quien lo mence. Si su paternidad quiere, yo le diré un conjuro de los mios que le haga volar por esos aires.

—Con un conjuro que le hiciese andar por el suelo me daria yo por satisfecho, buen jóven, replicó el huesudo con inaudita austeridad.

—Pues en el nombre de san Cleto,

de san Crispin y san Judas, dijo Chato, y empezó á susurrar un ensalmo junto á las aguzadas orejas del caballo.

Lo que caricias y espuelas, amenazas y barazos, no habian podido lograr en un cuarto de hora, ¡oh maravilla! lo consiguió Chato en menos de un minuto con su secreto. Alzó el caballo los brazos con tanta fiereza, que parecia habérsele infundido en las eminentes venas todo el espíritu de la raza árabe. Le hizo en efecto la inspiracion de Chato tirar coces, hacer corvetas, dar saltos de carnero, y despues de depositar al desventurado escribano de cabeza en la fangosa orilla del agua, salió por aquellos campos á escape, aligeró como el Pegaso cuando llevó á las Musas las doradas tablas del vate frigio. Chato y compañeros se divertian viendo desde el puente aquella escena, y al hombre de la *Ley* arrastrándose fuera del agua. Al fin le dejaron sentado en la arena, la ancha barba descansando en las manos y los codos en las rodillas, contemplando con triste vi-

sage la milagrosa velocidad de su cabalgadura.

Muchos fueron los comentos con que ilustró Chato esta burla tan cruel como ridícula. "Sepa su alteza, le dijo á Cárlos, que como yo iba fumando un puro, y tenia la puntilla con un clavo de fuego que decia comedme en la mano izquierda, cuando vi que todos los medios eran ineficaces, le dejé caer muy chuscamente la puntilla dentro de la oreja al señor jaco, para que avivara las otras oraciones y encantos que le decia, las cuales cuanto las acabé de pronunciar, ya ve usted que salió el caballo hácia la puerta del Arenal mas ligero que un galgo."

Con este y otros cuentos de Chato llegó la cabalgada á una remota callejuela de Triana. Silbó el Chato á la puerta de cierta casilla medio caida; un muchacho respondió desde adentro, y despues de cambiar algunas palabras en la gerga gitana, abrió la puerta y entraron Chato y el caballero. Los recibió friamente una vieja en un cuarto sucio y

medio derruido, mas habiendo reconocido al Chato, le pidió ayuda con afable rostro, y entre ambos levantaron parte del enladrillado suelo. Habia debajo una trampa, por la cual se metieron ambos visitantes. Llegaron á una bajada estrecha hasta para una sola persona, é interrumpida por barras de hierro que el Chato quitaba y reponia diestramente. Los condujo este incómodo pasage á una pequeña caverna en que habia algunas personas fumando y divirtiéndose. Tambien estaba alli un mastin, que obstruyó por algun tiempo con sus caricias la entrada de Cárlos. No pudo el caballero reconocer á ninguno de los individuos que le recibieron, por estar todos ocultos en una espesa nube de humo, al traves de la cual podia penetrar apenas la roja y débil luz de un candil. La amistosa voz de Tragalobos, saludando al caballero, disipó todas sus dudas respecto á la sociedad en que se hallaba. El indomable Niño dió tambien á Cárlos un estrecho abrazo, y la tia Machuca, em-

bajadora y amiga de Tragalobos, tambien lo estrechó á su seno y le dió algunos besos con desagradable ternura.— Muchísimo me alegro, buen señor, dijo Tragalobos, de verle á su merced aqui salvo y seguro. Su curandera de su señoría nos ha dicho que no son las heridas mas que arañones, y que lo que hubo alli de malo fue la mucha pérdida de sangre. Las mias tampoco valen un bledo. Esta de la quijada me atormenta un poco; pero como el hueso está enterito, ¿qué importa? Ya está el chirlo cosido, y en una semana estará bueno.

— Pero dígame, noble mancebo, preguntó el Niño, ¿de dónde ha salido esa espada tan brillante?

— Me la regaló el capitan que nos disputó con tanto arrojo la salida de la cárcel.

— Quiere usted decir el diablo encarnado, añadió el gefe de los bandidos, pues si acaso hay hombres con siete vidas, como se dice de los gatos, uno de ellos es el tal capitan.

—Cinco veces, dijo Tragalobos poniéndose la mano en la quijada, le apunté á boca de jarro al pecho; cinco casualidades milagrosas le salvaron la vida.

—Gracias á esas cinco estraordinarias circunstancias, dijo Cárlos, que protegieron á un caballero que cumplia con su obligacion tan bizarramente.

—Mucho me place de que sea usted de mi opinion, jovencito, replicó Tragalobos, y mas aun haber hallado entre la azucarada caballería de Sevilla un hombre tan hombre como el capitan. Pero ¿es posible, señor don Cárlos, hablando de otra cosa, que sea usted tan ingrato, que ni siquiera le haya hecho un cariño al pobre Comosellama, que se le está desviviendo ahí á los pies? Vaya un cariñito, caballero, continuó Tragalobos imitando con absoluta identidad la voz y gestos del ermitaño de la cascada que acogió á Cárlos la noche de la tormenta. Oyó el jóven la imitacion y pregunta con bastante sorpresa, y le proguntó jovialmente á Tragalobos si era el mal espí-

ritu en persona, ó solo su enviado ó representante. Resonó la caverna con las carcajadas de cuantos estaban en ella, y dijo el Niño despues de desahogarse: — Yo voy á revelarle á usted todo el secreto, por ser caballero que lo merece. Tragalobos no debe ni puede hablar tanto mientras tenga las vendas por la cara. Él fue quien le encontró á usted por acaso la noche de la tormenta cuando se volvia á su ermita. Nosotros, los que tenemos esta peligrosa carrera, necesitamos un almacen, que tambien sirva de punto central, maestrazgo ó refugio en una súbita retirada. Una barba blanca, una túnica y capucha convierten en ermitaño á cualquiera, y con especialidad á nuestro venerable Nestor (observe usted mi condicion, señor don Cárlos) el escelente Tragalobos, que habiendo en su mocedad servido á los jesuitas de Granada, sabe varios piadosos discursos de memoria, y tambien seis ú ocho sentencias en un latin que él descuartiza, y cuyo sentido conoce tan bien como si estuvieran

en chino. Su ermita, cuyas obras subterráneas son dignas de los romanos, es el edificio á que solemos llamar nosotros el nido de Tragalobos.

—Si como no puedo hablar pudiera, dijo Tragalobos, vería el señor Niño y compañía qué tal manejo yo el latin.

—Es un Ciceron, ahí donde usted le ve, replicó irónicamente el Niño, pero para abreviar; su inútil conversacion de usted acerca del dinero que iba á recibir en Sevilla, unida á varios informes recogidos de cierta vieja, nos sirvieron á nosotros de motivo y guia para buscarle á usted en Sevilla; salió el mismo ermitaño en la comision, fue á Santiponce, y por si usted escapaba de las contingencias de la feria, puse mi guardia real en el camino de Aznarcollar, para sorprenderle á la vuelta á su lugar. En Santiponce fueron ustedes á ver trigo, que le pertenecia á él tanto como las nubes del cielo, escepto por los privilegios de nuestra orden. Usted se acuerda cómo acabó la aventura. Pues sepa

usted, para que admire la generosidad de nuestra gente, que trotó Tragalobos cerca de cuatro leguas aquella noche para informarme de todo, y librarle á usted de mal. En efecto, de alli adelante solo nos mantuvimos en el camino para darle á usted auxilio si alguno necesitaba. Le vimos llegar libre á su pueblo, y nos retiramos paso entre paso, cuando aquella noche se apareció usted entre mis valientes guerreros, de quienes yo me habia separado un corto espacio. Con la oscuridad no pudieron reconocerlo, hasta que Chato, el mejor de mis escuderos, le conoció á usted en la voz, mandó parar el fuego, y le ofreció á usted, segun me ha dicho, refrigerio y hospedage.

— Esta esplicacion, dijo Cárlos, me ha sacado de la maravilla estrema en que me tenia el que hubiese aquel general reclamado en la cárcel como suyo el pañuelo con que el tio Tragalobos en su carácter de ermitaño me habia bendado el brazo.

— La mano pecadora que junto á la

quijada tengo, dijo Tragalobos, fue la misma que se apoderó de todo el equipage del señor general Landesa. No le dejamos, por mas señas, ni un trapito con que cubrirse las espaldas. Pero basta de sencilleces. Hablemos de cosas de mas importancia.

—Todavía no, interrumpió el Niño levantándose. Mis escuderos me esperan. A Dios, señor don Cárlos. Escuche usted la esperiencia de Tragalobos antes de adoptar ninguna medida decisiva. Pero sea lo que quiera lo que usted determine, cuente siempre para llevarlo á cabo con cien corazones bien puestos y con mil onzas de oro. Mis promesas son pocas y cortas, pero sinceras. A Dios, señores. Y bien embozado en su capa salió el Niño de la caverna.

—Ahora á nuestro negocio, dijo Tragalobos. ¿Qué piensa su señoría hacer para de aqui en adelante?

—Aun no tengo determinacion fija, respondió Cárlos: ¿puedo permanecer aqui por dos ó tres dias?

— Todos los que su señoría guste, respondió la tia Machuca echándola de ama de casa; y en ninguna parte estará mas seguro.

— En tal caso, continuó Cárlos, querria escribir pidiéndole consejo al cura de mi lugar; éste veria á mi padre, y entre los dos podrian combinar lo que mas cuerdo creyeran.

— ¡Bien pensado y con juicio! dijo Tragalobos, siempre que no sea un pícaro ese cura. No hay que fiarse de santos, si no está usted mal con la vida.

— Éste no sé yo si será santo, contestó el mancebo, pero sí sé que entre los hombres no hay otro mejor cristiano ni mas virtuoso. Mientras su respuesta llega querria tambien saber la suerte de una señorita cuyo destino me interesa mucho mas que el mio.

— Dios nos asista y nos favorezca, señor caballero. ¡Mal haya la mejor de ellas! Para nuestra ruina y nuestra muerte nacieron. Y sin embargo... ¿Ve usted ese asqueroso demonio que tiene junto?

Pues esa es mi dulce tormento, y vieja y todo no la cambiaba yo por el imperio del gran turco. ¿Con que ello es que ni prisiones ni desgracias han podido endurecerle á su merced el pecho?

—Creo que antes me le han suavizado y enternecido.

—Pues señor, su alma en su palma. Busquemos esa niña; [illegible] o el hallarla es lo que me parece á mí imposible.

—Y á mí facilísimo, con perdon sea dicho, dijo el hasta entonces silencioso Chato. La tia Rodavallos encontrará á la señorita de este caballero aunque estuviese cautiva en una mazmorra de Berbería.

—¡Bien dice el rapaz! esclamó Tragalobos. Siempre he pensado yo que era Chato mozo de brillantes caidas. Discípulo mio al fin. Manos, pues, á la obra. ¡Arriba, Manuela Machuca! Dile á la tia Matapulgas que nos traiga papel. Aquí está mi tintero. Para ser mio no es tan malo. A traernos á la tia Rodavallos, señor Chato. Este nene sí que tiene manos para escribir. Sepa usted, señor don

Cárlos, que fue Chato cuando niño oficial de escribano, y escribe letra de molde mejor que la de los libros, y le hace á usted su firma mejor que usted mismo.

Salió Chato contentísimo de oirse elogiar tanto, pues era mancebo á quien no faltaba su quantum de vanidad, y continuó Tragalobos: — La tia Rodavallos es admirable encantadora; vendrá esta tarde, y hará en obsequio de usted cuanto pueda. Cuando sus cartas de usted esten escritas irán á Aznarcollar en el bolsillo de un hombre de confianza que no volverá sin las respuestas. Si otra cosa podemos hacer por su señoría dígala, y sus palabras se obedecerán tan pronto como las de un rey. Entre tanto, comamos, bebamos, y alegrémonos, que es la vida corta y no ha de gastarse en ociosa tristeza.

CAPITULO VI.

Amor poderoso en cielo y en tierra,
Dulcísima guerra de nuestros sentidos,
¡O cuántos perdidos con vida inquieta
Tu imperio sujeta!
Con vanos deleites y locos empleos,
Ardientes deseos y helados temores,
Alegres dolores y dulces engaños
Usurpan los años.
Tirano violento de tiernas edades,
El bien persuades y al mal precipitas,
El fin solicitas del mismo á quien quieres:
¡Tan bárbaro eres!
Huid sus engaños, haced resistencia
A tanta violencia, ¡ó locos amantes!
Que son semejantes al aspid en flores
Los vanos favores.

Lope de Vega.

Cinco dias habian pasado desde que envió Cárlos su mensagero á Aznarcollar, y cinco dias desde que la madre Rodavallos comenzó sus encantos para descubrir el retiro de Isabel. Aquellos cuyas almas son capaces de concebir violentas pasio-

nes, y que han sufrido en la juventud su fuego, pueden imaginar la impaciencia y aun desesperacion en que viviria Cárlos todo este tiempo; los de corazon tibio y lacio no podrian figurarse tamaños padecimientos por mas que se describiesen. Ya se creía abandonado del mundo todo, ya no escuchaba los consejos de la filosofia práctica de Tragalobos, cuando volvió de Aznarcollar el enviado y le dió una bolsa de oro y una carta de don Juan Melendez de Valdecañas, su tutor y cariñoso amigo. El pliego decia asi:

"Mi querido Cárlos: Tengo en mi poder las cartas que me enviaste para tu padre y para Alberto. Ambos han salido de Aznarcollar para negocios que te convienen. No puedo negarte el consejo que me pides. Sal de Sevilla y de sus cercanías sin demora alguna, pues tal vez tendrás en esa ciudad enemigos poderosos. Vístete de estudiante, cambia de nombre, empieza á viajar por España, yé á Francia, y fíjate en París ó en otro sitio adonde haya universidad. Supongo que

estarás mejor informado que yo de los pormenores relativso á la misteriosa fuga de Isabel. Su madre, cuyo entendimiento, segun se dice, no estuvo nunca muy sano, padece ahora una aberracion completa. Te aconsejo con el mayor ahinco que huyas del trato de esta familia. Me es doloroso añadir, que segun la opinion pública, no es su carácter irreprensible. En la crítica posicion en que te hallas tus conexiones con esta familia pueden arruinarte del todo y traerte consecuencias y resultados que tiemblo de pensar en ellos. Este esfuerzo conozco que dejará una penosa impresion en tu alma; pero te debes á tí mismo y á tu familia el conducirte como hombre. Apura varonilmente el amargo cáliz que te ha de salvar. Los viajes son buen específico para las enfermedades morales. Tómalos para la tuya, y vendrá el dia en que te admires de la vehemencia de tus sentimientos actuales y contemples en paz desde el seguro puerto las pasadas tormentas. En el carácter de estudiante no está mal visto viajar á

pie. Te aconsejo sigas este método, no menos útil para el cuerpo que para el ánimo.

» Escríbeme de los varios puntos en que te halles, omitiendo tu nombre; pídeme cuanto necesites, y al momento te proveerá de ello tu maestro, que como padre te quiere." = *Don Juan Melendez de Valdecañas.*

P. D. Te envió con tu mensajero... onzas de oro para que empieces los viajes.

— ¿Quién hubiera creido, dijo Tragalobos despues de oir la carta, que hubiera tanto talento y sanidad de alma en el pobre cura de un lugarejo? Obispo hacia yo á su reverencia. Eso sí que se llama hacer bien sin sermones ni pelucas. En mi pobre dictámen, mientras mas pronto se conforme usted con su consejo, mejor gallo le cantará.

— Asi debo hacerlo, con valor y resignacion. Pero abandonar á Isabel ignorando su paradero...

En este instante se oyó la voz de la tia Rodavallos en su descenso por el oscuro

pasage, y poco despues apareció en la cueva.

—¿Qué noticias? preguntó Cárlos en visible agonía de ánimo: ¿ha sabido usted algo?

—Cosas que son peores que no saber nada, replicó la tia Rodavallos, hembra que el lector ha visto dos veces, una dando cierta misteriosa banda á nuestro caballero, y otra curándole y divirtiéndole en compañía de su hija Violante.

—Esplíquese usted por Dios bendito, tia Rodavallos, esclamó el jóven en una especie de frenesí.

—Ten constancia y fortaleza, labios de coral. Malos informes me han dado. Aun no sé de fijo adónde se halla. Pero toma este lio; ahí tienes una sotana y manteo de estudiante. Toma tambien esta guitarra, y antes que sea mas tarde salgamos en busca de la perdida oveja. El sombrerito echado á la cara. Pero mira, lirio mio, que no vienes conmigo si no me juras bajo la fé de caballero obedecerme en cuanto te mande, que todo ha de ser para tu bien.

—Sí juro mil veces, respondió Cárlos acomodándose los negros arambeles.

—Mira que has de obrar como hombre, ídolo mio, que hay malas nuevas, y presumo que te han abandonado.

Al oir estas palabras se le cayó á Cárlos el manteo de las manos, pero se recobró inmediatamente, y continuó vistiéndose con esterior compostura, mientras se representaba él mismo en su mente, ora borrando con sus labios las lágrimas de Isabel, ora atravesando el pecho de algun seductor infame. Su transformacion concluida, se ocultó la espada bajo el manteo, se colgó del cuello la guitarra, y siguió á la encantadora tia Rodavallos.

Aun duraba entonces entre los pobres estudiantes de España la costumbre de salir de romería en las vacaciones de verano, á correr la tuna como solia decirse, para recibir de la caridad los medios de alcanzar la sabiduría. Cambiaban sus equívocos latines, música y chuscadas, por lo que se les queria dar por ellas. Algu-

nos caballeros y jóvenes pudientes acostumbraban tambien, atraidos por la holganza de aquella vida, juntarse con las caravanas de estos doctos de la legua, y su concurrencia ennoblecia hasta cierto punto la especie. En este carácter atravesó Cárlos muchas calles de la ciudad, precedido y bien aleccionado por la tia Rodavallos. Hizo alto el caballero en la esquina de una estrecha callejuela de la parroquia de San Bartolomé, y mientras observaba atento los movimientos de su conductora, repasaba el diapason de su guitarra. Pasó dos veces nuestra buena vieja la calle, asomándose á todas las casas y ofreciendo sus cintas, blondas y pañuelos. El sonido de la guitarra habia entre tanto sacado á sus portales respectivos todas las noticieras de la callejuela, á una de las cuales se dirigió con especialidad la tia Rodavallos. Era esta vecina de cuerpo corto y fornido, como de dos veces veinte años, fresconaza empero, ojos vivos, y sabidilla sonrisa. Cárlos se fue acercando hácia la casa, mo-

rada segun creía de su Isabel, y como por instinto seguia hiriendo las cuerdas de su instrumento mientras hablaban asi la gitana y la andaluza.

Git. ¿Nada mas que tres reales por estos pañuelos? Pues si parecen de batista, mi hermosura. (*Aqui se quitó la dama los espejuelos de cuerno.*) Cinco reales daria yo ahora mismo por ellos.

And. ¡Cinco reales, Jesus mio, y parecen de estameña! ¿Y medias finas no trae usted hoy?

Git. Aqui hay un par, niña mia, que se lo podria poner la reina. Pero ¿qué está usted mirando con esos ojillos traidores? ¡Ay Dios mio, qué cuervo! Sigue tu camino, jovencito, y no me quites esta parroquiana. Nada mas que tres pesetas me da por este par de medias.

And. ¡Tres diablos colorados! ¿Siembro yo las pesetas como la albahaca?

Git. Puede ser que usted las siembre, niña mia, sino que no nacerán. ¿Pero dónde está la otra jovencita? Su hermanita de usted me las comprará, que co-

mo me llamo María Rodavallos, otro par como este no le ha de ver en Sevilla. Dígale usted que salga aqui.

And. ¿Con que usted tambien la conoce? Como ya hace tiempo que no nos vemos...

Git. Sí que la conozco. Llámeme usted á mi flor.

And. Sí, la flor del berro. Yo no sé qué le encuentran bueno.

Git. No es tan hermosa como usted, alma mia, pero no es tampoco mal encarada. ¿Por qué no me la llama usted?

And. ¿Cómo la he de llamar, si hace ya un siglo que se huyó de mi casa?

Una palidez mortal cubrió las megillas de Cárlos, y no salieron ya de su guitarra mas que rotas y desentonadas voces.

Git. ¿Y volverá hoy, carita de rosa?

And. Nunca, si Dios quiere, volverá ella á pasar mis umbrales. ¿Usted sabe lo que me ha pasado á mí con la tal niña? Primero vinieron á hablarme y á empeñarse conmigo para que la re-

cibiera en mi casa como á niña desvalida. Luego me pidió ella que mantuviera la cosa en secreto, como si estuviera excomulgada. Usted sabe lo buena que yo soy, que tengo un genio como una malva. Pero, amiga mia, le dió á la niña por entrar y salir, por ir y venir, y vuelta á salir, y dale, de modo que parecia esto un jubileo. Pues señora mia de mi alma, yo tenia esto secreto, escepto con mis conocidas y vecinas, que son todas muy silenciosas, aunque no hay nadie sin falta. Asi viviamos en paz, cuando una mañana se me presenta un caballero que parecia un serafin. Blanco, rubio, vestido de negro; pero no piense usted, todo sedas y terciopelos, y bordaduras de plata, y plumas como la nieve ondulando de su sombrero (1). Pues señora mia, con aque-

(1) Esta es una de las muchas trabacuentas del señor don Alejo Cevallastigardi y Cholapeturra. Las plumas y trages recamados de oro y plata no llegaron mas acá de Felipe V, cuando la dinastía francesa (dice un crítico) acabó con nuestra literatura y vestidos nacionales, dándonos en vez de la propia gala y holgura las ceñidas

lla gentileza que siempre usan los nobles con el bello sexo, me preguntó por la señorita Isabel. Vino la niña, y ambos entraron en la sala baja, dejando la puerta entreabierta. Yo apliqué el oido al agujero de la llave, pero como no soy curiosa no pude enterarme de lo que trataban. Yo le digo á usted la verdad, miedo me hubiera á mí dado de estar sola con tan hermoso caballero por mas de una hora. Al fin salió el conde, que conde debia él de ser por lo menos, me dió una pieza de oro, y salió de casa. Al cuarto de hora mulas y látigos, ruedas y coches en nuestra pacífica calle. Un escándalo, tia Rodavallos. Todas las vecinas salieron á la puerta, cuando hé aqui otra vez mi conde que sale del coche de camino, entra en casa, toma de la mano á la dami-

ropas y apretados cánones de sastres y letrados franceses. Pero quizá no fue la mutacion tan repentina ni absoluta, y los vestidos de majo que aun se estilan hoy en Andalucía podrian tal vez escusar á don Alejo. De todos modos, como no han de costear los lectores este suntuoso guardaropa, bien pueden tolerarlo. (*Nota del editor.*)

sela, se zampan los dos dentro solitos, y le mandan al mayoral que avive; y sin darme los buenos dias salieron por esa calle hácia la puerta de la Macarena, que no parecia sino que las mulas llevaban á Barrabás en el cuerpo. Por mas señas que cuando salió la primer vez el conde se le cayó del bolsillo al darme el dinero un papelito que yo le puse el pie encima con mucho saber para que él no lo viera. Era una carta muy tierna del conde á Isabel; aqui la he de tener. (*La infatigable historiadora buscaba en tanto por las profundidades de su faltriquera el referido billete.*) Esta es. Perico el monaguillo me la ha leido muchas veces, que se saltan las lágrimas. Por mas señas que aquel dia fue cuando se fugaron los presos de la cárcel. Lástima que no sepa usted leer, tia Rodavallos. Estudiante, ¿quiere usted hacernos el favor de leérnosla?

Cárlos tomó el papel con trémula mano. Era una de sus cartas á Isabel, una de sus mas fervorosas efusiones. "¡Y asi espone, esclamó á media voz, la ternura

de mis sentimientos á la vista, tal vez á la mofa de otro hombre!"

—¿Qué es eso? ¿Qué tiene este pobrecito estudiante? Socórralo usted, tia Rodavallos. De necesidad está espirando el pobrecito. ¡Y un muchacho tan hermoso! Y con estas palabras se entró en casa para traer pan y vino al objeto de su benevolencia. Todas las vecinas de la calle rodearon al desfallecido estudiante. La tia Rodavallos se ofreció á curarlo con encantos, y abriéndole la mano pronunció varias palabras de su algarabía, y concluyó exhortando al paciente á que fuese á buscar la fortuna que le esperaba muy lejos de Sevilla.

Cárlos se retiró lentamente sin esperar á la caritativa dueña, que con un vaso de vino en la mano salió á contemplar desde la puerta la solemnidad con que volvia la esquina el estudiante.

Aunque demasiado caballeroso para acusar á Isabel de sus desgracias, no podia ocultarse Cárlos á sí mismo que la impetuosidad de su afecto habia debili-

tado su ánimo, haciéndole concentrar toda la energía propia en un solo objeto. Resuelto á vencer la flaqueza de su corazon, dejó con firme paso los arrabales de Sevilla, y miró con momentáneo desden aquellas murallas que poco antes fueron domicilio de su querida. Con no menor celeridad llegó hasta Alcalá de los Panaderos, desde cuyas pintorescas colinas no pudo menos de volver otra vez los ojos á Sevilla. Aun se oían débilmente las campanas de la catedral. Ya el sol se habia ocultado. Las torres y cúpulas de la ciudad parecian receder y ocultarse gradualmente tras el velo de la noche, y al fin desaparecieron del todo. Cárlos dió un eterno vale á aquella triste perspectiva, y siguió adelante sin direccion ni objeto.

CAPITULO VII.

Las mas noches duerme de portante, y asentado en una silla ronca á sueño de dar audiencia; come y cena de aparecimiento, y pierde el juicio.

Quevedo.

A eso de la media noche llegó nuestro héroe á una posada pequeña en que descansó hasta por la mañana. A pesar de la calor intensa del otro dia, lo pasó todo viajando, sin acordarse mas que de su interna angustia y de sus perdidas esperanzas. Puede una alta escitacion mental prestar fuerza al cuerpo y hacerle resistir estraordinaria fatiga, sin esceptuarlo empero de las leyes comunes de la naturaleza. El cansancio agovia y detiene al amante como al desapasionado; y Cárlos conoció que no era incansable cuando ya estaba algunas millas mas allá de Carmona y enfrente de la posada de los Tres galgos. Era grande hablador el due-

ño de este establecimiento, y despues de celebrar el aseo, tamaño, comodidad y blandura de sus camas, y la abundancia, limpieza y sanidad de sus comestibles, dijo á Cárlos que no tenia á la sazon ninguna cama desocupada que ofrecerle, ni mas víveres que pan y cebollas. De ambos ingredientes le mandó el necesitado caballero componer una cazuela de sopas de la especie llamada sopas de gato, y por no haber otra venta en muchas leguas se resignó á pasar la noche como pudiese.

Arreglado ya este asunto, se sentó en un banco del patio á esperar su cena, entreteniendo el apetito con una corteza de pan, no desemejante en impenetrabilidad, color y peso á un pedazo de mármol oscuro. Tambien le puso delante el huésped una botella de vino, que hubiera podido, segun su acidez, equivocarse con vinagre evaporado. Mientras allá entre sí analizaba aquel mendrugo, discurriendo acerca de la sustancia que tan grande tenacidad habia dado á sus par-

tículas, resonó el acento del huésped desde la puerta de la venta en tono de disputa ó querella. Acababa probablemente de asaltar á otro desgraciado con la enumeracion de sus provisiones, pues que una enojada voz le respondia:—¿Y qué derecho tiene usted para descarriar al pobre y cansado estrangero ennobleciendo con los títulos de *fonda* y *posada* este su infernal *latibulum*? ¿Quién puede posar en él? ¿No fuera mas honrado echar al suelo esos tres galgos contrahechos que ahí tiene colgando, y levantar en su vez por enseña, hambre, laceria y muerte?

—Señor caballero, vociferaba iracundo el huésped, personas tan buenas como su excelencia han solido dormirse sobre las pajas como el proberbio lo enseña. Yo soy un hombre de bien. No puedo dar lo que no tengo. No es culpa mia que sea mi venta tan famosa que acudan aqui los viajeros como las moscas al panal.

—Sí, para morir en él, gritaba el invisible argumentista. Dormir sobre pa-

ja, pase. Pero dígame el señor *campo*, ¿quién puede dormir en pajar ni en alcoba con un estómago totalmente vacío?

— Hoy es viernes, señor caballero, respondia el amo, y cualquier cristiano puede ayunar en honor de nuestra Señora de los siete Dolores. Ahora mismo tengo dentro de mi casa á un doctor, tal vez será canónigo, que va á pasar la noche á pan y agua, y está como una sonaja de contento. El caballo no puede mas; entre su señoría, que ya buscaremos por ahí una raja de queso con que engañar la hambre.

— ¡*Durum telum necessitas!* replicó el viajero; y las herraduras de su caballo insinuaron al mismo tiempo que se habia rendido á la fiereza del huésped. Un momento despues entró en el patio y empezó á pasearse por él hablando asi en voz sonora: — Las generaciones de los hombres te bendigan, clásica Italia, cuyos *albergi* con tanta hospitalidad reciben, refrescan y confortan al cansado viandante. Gloria á tí tambien ¡oh Francia! Las

musas huyen de tus bosques, pero tienen tus *hôtels*, el peor de cuyos *ragouts* vale mas que la mas sublime inspiracion de Caliope con toda la filosofia y efusiones amorosas y científicas de sus ocho hermanas.

Cárlos volvió la vista hácia aquel esclamador desconsolado, pero no pudo verle el semblante. Por debajo del sombrero descubrió una rica, rubia y rizada cabellera que sobre el manto ondulaba. Se dejaba ver tambien la dorada contera de su espada; y las espuelas, al parecer del mismo metal, indicaban que su trage interior correspondia con la esplendidez de la capa y el sombrero. Se desembozó el incógnito, y aun se dejó caer sobre un banco con agilidad y elegancia que hubieran dado honra á un gladiador moribundo. Al reclinarse se abrió la capa, y brilló la cruz de San Juan en el pecho del famélico caballero. Despues de algunos instantes de silenciosa impaciencia habló asi el huésped: — Hola, señor ventero, ¿podrá usted en caridad favorecer-

me presentándome á ese señor letrado, dean ó canónigo, cuya suerte es tan infausta que le ha traido á pasar aqui esta noche?

—¡Qué genio tan bromoso tiene V. S.! esclamó con risa de jimio el de la venta; y luego señalando á Cárlos: —Alli está el reverendísimo bien ocupadito con aquel humeante plato de sopa.

—¡Sopa! repitió el caballero con un profundo suspiro dirigiéndose hácia Cárlos. Nuestro héroe tambien se levantó y saludó cortesmente al estrangero. — Si el banquete de un pobre estudiante, añadió al saludo, no es, como temo, demasiado humilde para un caballero, suplico á usted me acompañe en él por via de refugio. Los azules y rasgados ojos del Sanjuanista, cuya edad apenas igualaria á la de Cárlos, brillaron de gozo al oir el convite. Contestó con un elegante movimiento y apacible sonrisa, y francamente se sentó á la mesa diciendo: — *Maximas tibi gratias agimus majores etiam habemus.*

Debe recordarse como suceso muy pertinente al buen entendimiento de esta historia, que deslumbrado el ventero con la calidad de su nuevo huésped, habia sacado, no se sabe de dónde, cuatro chuletas ó costillitas al parecer de carnero, de lo mas duro, descarnado y pellejoso que jamas se puso en plato. Las trajo empero á la mesa con un gesto vanaglorioso de aquellos que quieren decir: "¡Soy grande hombre!" y las puso entre ambos jóvenes. Fuese debilidad de brazo ó embotamiento y mal corte de los cuchillos, ó fuese dureza y tenacidad natural de las chuletas, Cárlos se persuadió al fin de que eran incortables, y abandonó con desmayo el cuchillo. El estrangero persistió algo mas en la empresa, pero al fin tuvo que imitar á Cárlos. — Está decretado, dijo suspirando no menos del cansancio que de la hambre, que ha de ser nuestro fin adminículo y pésimo. ¡Paciencia!—Perdone usted mi curiosidad, señor estudiante, ¿viaja usted á caballo?

—A pie, señor caballero.

—Lo oigo con sentimiento incomparable. Me habia lisonjeado la esperanza de gozar por algun tiempo de su sociedad de usted, y creo que pasariamos gustosamente el camino. Su profesion y modales de usted me aseguran de su sabiduría, y aunque indigno, soy yo tambien amante de la literatura y de los literatos.

— Temo, señor caballero, que serian mis letras corta recomendacion para su posesor.

— Modestia propia de los verdaderos doctos. ¿Y quién no será optimista? ¿Quién hubiera creido que de la angustia y dolor de irse al pajar sin cena naciese tan feliz conocimiento?

— Su opinion de usted respecto á mí, permítame usted decirlo, es tan halagüeña como equivocada...

— ¡Qué pronunciacion! ¡Qué palabras! Esos acentos, señor estudiante, suenan en mi oido como el murmullo de la fuente oculta en lozano bosque suena á deshora al estraviado viajero sediento por los desiertos de Arabia. Yo que tengo no

menos sed de conocimientos que de buen vino, no menos hambre de doctrina que de alimentos, vivo condenado á pasar noches como esta, y lo que es peor, entre gente que al oirme, ó no me entiende, ó me acusa de pedante. No hay para mí umbrosas selvas ni bellas fuentes, sino áridos breñales, estériles rocas, fragosidad y aspereza.

—¿Y qué accidente fatal le fija á usted, señor caballero, á tan *deserta ardua*? preguntó Cárlos.

—Mi nombre, señor estudiante, es Eleuterio Guzman de Saavedra. Evidentemente no le ha oido usted nunca. Empezó mi educacion en Granada, continuó en París, y se acabó en Roma. Esto digo para que no se admire usted al verme tan jóven de oirme decir que estoy haciendo un viaje artístico y literario por España. Yo tengo la ambicion de sacar del olvido algunos de los innumerables monumentos del ingenio, virtud y sabiduría española que yacen hoy sepultados, presa vergonzosa de la vora-

cidad del tiempo. Este es el objeto primitivo de mis trabajos; y tal vez deberia ruborizarme al confesar que alimento la esperanza accesoria de cubrir con tan bello cendal mis obras futuras, que se vindique en ellas el carácter generoso de nuestro idioma castellano contra los insultos de tantos míseros autores como desfiguran cada dia su varonil belleza, ora recargándolo de meretricios adornos acabados de llegar de Francia, ora de ornatos desechados muchos siglos hace en Roma y en Atenas.

—¡Noble empresa por cierto, señor caballero! Por el bien de la patria y por el suyo le deseo el mejor éxito imaginable. Lo que me sorprende algo es que conociendo usted, segun parece, las lenguas clásicas y la francesa, les manifieste tan poco aprecio.

—Justísima sorpresa en verdad. Nada mas propio que despues de consumirse por ocho ó diez años para no entender á Homero ni á Tácito tampoco, celebre uno á boca llena las lenguas de estos se-

ñores. Lo uno porque ya no hay lavanderas ni revendedoras que las hablen, ni se oyen en otros labios que los de los doctos, han adquirido una gravedad y autoridad decisivas; lo otro por no confesar uno que ha malogrado tanto tiempo.

— Pero las lenguas doctas, y con particularidad la griega, es necesario confesar que tienen admirable artificio y belleza propia independiente de la magestad que el tiempo les ha dado.

— Innegable. Solo me opongo á que se les llame *doctas* como usted lo hace. Docto es el que tiene doctrina, el que sabe. Y como la sabiduría no es posible que dependa de los signos con que se representan las ideas, es indudable que un pensamiento elevado y profundo será tan docto espresado en romance, y aun en vizcaino, como en caldeo ó en griego; y una necedad será siempre necedad en todos los idiomas. La doctrina está en el ánimo y no en la lengua; se compone de ideas y no de los sonidos de las palabras.

— Tal vez se les llamará lenguas doc-

tas por creerse que los libros que existen escritos en ellas contengan buena doctrina.

— Errónea idea tambien distinguirlas en particular con ese título si las demas lenguas estan en el mismo caso.

— Pero no parece usted tampoco grande amigo de las modernas, de la francesa por ejemplo.

— ¿Y quién ha leido á Cervantes, á Leon, á Garcilaso, á Herrera, á Quevedo; quién ha oido la deliciosa armonía de Rioja, de Lope de Vega, y aun oye la musa gálica?

— No es en efecto, caballero Guzman, la musa gálica la mas bella de las musas. Pero aunque una feliz disposicion para la poesía se considere como la primera, no es sin embargo la sola recomendacion justa de un idioma. Inferiores en la versificacion saben rivalizar los franceses en las artes y en las ciencias á todas las otras naciones.

— Ya eso no pertenece al idioma, sino á la verdadera doctrina, á la me-

ditacion, al talento. Alzando empero el guante que usted arroja, me parece, señor mio, que ha de mejorar Francia sus artes mucho antes de poder eclipsar la gloria de nuestro Velazquez, de nuestro Murillo, de Becerra, de Jordan, de Berruguete, de innumerables artistas que sería prolijo enumerar. En cuanto á las ciencias, las naturales son, como usted mejor sabe, las que han hecho mas nobles progresos en nuestros dias. Los franceses hablan mucho de sus matemáticos y astrónomos; pero si sustraen de la suma de ideas que compone esta ciencia, primero los conocimientos debidos á nuestro paisano Pedro Ciruelo, que fue á enseñarlas á París cuando aun eran desconocidas en aquella universidad, segundo los descubrimientos de Galileo Galiley, y por fin, cuanto pertenece á sir Isaac Newoton y á los filósofos alemanes, poco será el resíduo de que puedan vanagloriarse. En las ciencias morales y en las intelectuales no se han dado tan admirables pasos, ni les quedará grande alimento pa-

ra su orgullo á los franceses si solo han hecho ellos lo que hicieron, antes que todos el español Luis Vives, despues los ingleses lord Verulam y Locke. Los franceses han metodizado el estudio de la literatura y hecho de ella una ciencia grande, pero único mérito que en las letras han contraido. Por lo demas, ninguno de aquellos nombres que llenan el mundo, como Machiavelo, Cervantes, Newton, Homero, perteneció jamas á un francés. El autor de Enrique IV ha obtenido momentáneo aplauso en Europa; ¿pero llegará alguna vez su frio poema, ó mas bien centon de los absurdos de todas las religiones, á deleitar las generaciones de los hombres con sus pensamientos, á traducirse, por ejemplo, al turco? Desengañémonos: la biblioteca sola del Escorial contiene mas doctrina verdadera que han producido hasta ahora todos los pueblos modernos de Europa.

— No me parece, señor de Guzman, exento de exageracion ese aserto. Suponiendo empero que sea tan precioso co-

mo usted le hace el tesoro del Escorial y otros de nuestra literatura, ¿qué bien producen á la especie humana? ¿Pueden acaso desentrañarse sus riquezas? ¿No son tan inútiles como el oro y la plata que existen tal vez en el seno de los Alpes ó debajo de los Pirineos? En el estado actual de los conocimientos, contando solo con lo que se ve y se sabe, y no con lo que podria saberse, me atreveria á decir que los nombres de Corneille y de Moliere vivirán tanto como los de Shakespeare ó Lope, y el de Montaigne tanto como el de nuestro Quevedo.

—¿Y nombra usted, señor estudiante, á Shakespeare sin levantarse ni inclinar la cabeza á su memoria?

—Solo conozco las traducciones...

—¡Ah! Ya lo supongo, que sin eso, ¿cómo habia usted de comparar al creador de Othelo, de John Falstaff, de Lady Macbeth, de Ricardo III, de Enrique V, de tantos otros caractéres, gloria del ingenio humano, con otras producciones que las del mismo autor? Y en

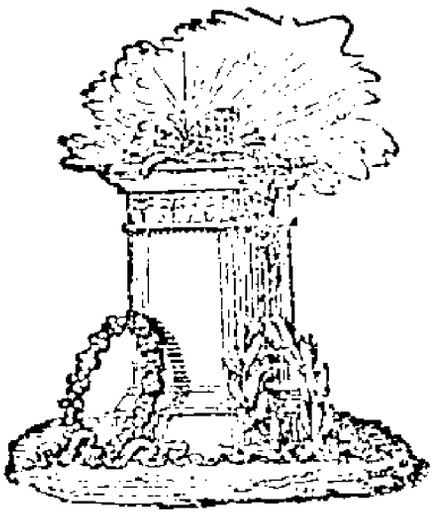
cuanto á la decadencia de nuestra moralidad y literatura acháquese á nuestra inquisicion y á nuestro gobierno, y no se mancille con ella el ingenio español.

Asustado de estas palabras que le arrancó el calor del debate, volvió el señor de Guzman la vista á ver si alguien le escuchaba, y preguntó á Cárlos con los ojos si reprovaba su doctrina y si alguien la habria oido. — *Cante et cogitate rem tractare*, dijo Cárlos por via de insinuacion, llamando al mismo tiempo al ventero, como deseoso de cambiar de asunto ó de irse á descansar. Condujo el huésped á nuestros dos flamantes conocidos al camino, no de la gloria ni de la fama, sino del pajar que para aquella noche les estaba destinado.

La sencillez de las camas hacia inútil el trabajo de desnudarse. Los caballeros se acostaron pacientemente, Cárlos, con perfecta comodidad, cual hombre ya acostumbrado á la fatiga; pero su delicado compañero no podia acomodarse de ningun modo. — Mucho me temo, dijo

éste con dolorosa voz, no poder cerrar los ojos en toda la noche sobre este abominable *lectus straminens*.

— Pues yo, dijo Cárlos con soporíficas y apenas inteligibles palabras, me hallo tan bien como pudiera en una *culcita plumea*. Con esto concluyó el diálogo.



CAPITULO VIII.

Murieron luego mis padres;
Dios en el cielo los tenga,
Porque no vuelvan acá,
Y á engendrar mas hijos vuelvan.
Tal ventura desde entonces
Me dejaron los planetas,
Que puede servir de tinta
Segun ha sido de negra.
Por que es tan feliz mi suerte,
Que no hay cosa mala ó buena,
Que aunque la piense de tajo
Al reves no me suceda.

Quevedo.

Los primeros rayos de la mañana que penetraron por las infinitas aberturas y agujeros del pajar despertaron á Cárlos, que se levantó vigoroso y refrigerado. Su infeliz compañero estaba sentado en la escalera del pajar, pálido, cansado y por demas molino. — *¿Quid te*, preguntó Cárlos al sanjuanista en su propia fraseología, *tam mane è lecto capulii?*

—¿Quién habia de echarme de la cama, respondió de Guzman con débil acento, sino la muchedumbre infinita de cuadrúpedos que en esta espelunca infernal se aloja, y cuyas numerosas tribus convierten en un mero pasatiempo y niñería las de las langostas que desolaron el Egipto?

—¿Pero á qué cuadrúpedos alude usted en particular?

—A todas las treinta y ocho especies de las cuatro secciones en que el *Mus* se distribuye. ¡Plegue al cielo esterminarlas todas radicalmente, *miocastores* ó ratas sombrereras, *mures* ó ratones simples ó plebeyos, y todos los ratones en general, sin olvidar las razas de los feroces *cricetis*, ni de los desorejados *miotalpos*! ¡Plegue á Dios que todas perezcan sin esceptuar un solo individuo de ellas!

—Mucho me duele, caballero de Guzman, que haya usted pasado tan acerba noche; y doy gracias á todas las especies del *Mus*, que se han dignado no roerme vivo antes que amaneciera.

—¡Quién pudiera decir otro tanto! Pero vamos, si á usted le parece, á ver si este buen huésped nos quiere dar alguna cosa parecida á *un dejeuner à la fourchette*, *exempli gratiâ*, *un dejeuner aux doigts*; que lo mismo podria esperarse urbanidad en un acreedor, que tenedores en este mísero *ergastulum* presuntuosamente llamado posada y fonda de los Tres galgos.

Al llegar al patio los viajeros vieron con alegre sorpresa ocupado al huésped en asar dos pollos, destinados á formar parte de su almuerzo. El genio descontentadizo del caballero de Guzman no pudo menos de ceder á tan halagüeña perspectiva, y se sentó á contemplarla junto á la mesa de marras. Ya para entonces andavan todas las gentes que habian dormido en la venta vociferando por sus almuerzos por el patio, cada cual segun su humor é importancia. Observaba el erudito caballero la lentitud y magestad con que en el asador rotaban sobre sí mismos los pollos, circuidos co-

mo el sol entre los planetas, de huevos, sardinas y chorizos. Llegó á acercarse al fuego, y apretando gentilmente el tenedor sobre uno de ellos, testificó á Cárlos que en efecto estaba gordo y ya casi tierno.

Tal era el estado de los asuntos de la venta, cuando se oyó una ruidosa disputa hácia la parte del patio que daba al portal. Una desventurada voz se quejaba á grito herido de la vaciedad del estómago, y del apetito devorador de la boca que la exhalaba. — Tenga usted piedad, señor ventero, decia la voz, para con sus prójimos.

— Ya le he dicho, hermano, replicaba el huésped con férreo acento, que no tengo ni un mendrugo que darle; vaya con Dios en buen hora, siga su camino y llame á otra puerta.

— ¡Todo el mundo desprecia y ultraja al pobre! ¡Perecer asi de hambre en medio de la abundancia! ¡Qué haré para conservar mi vida! ¡Sin probar ayer bocado, y hoy todo el dia en ayunas!

— Oiga usted, buen hombre, dijo

Cárlos lastimado de la destitucion del quejoso, venga usted aqui á esta mesa, y tomará un bocado conmigo.

—¡Bravo, señor estudiante! esclamó el caballero: usted se me ha anticipado, quitándome las palabras de la boca, bien que en ella no tenia otra cosa. Y luego volviéndose al deplorable convidado: Venga usted aqui sin timidez *homuncio inauspicatus.* Adelántese libremente á participar con este docto letrado y conmigo de aquel par de dorados pollos que el ventero pone ahora en el plato.

Era el convidado personificacion idéntica del licenciado Cabra: mirado de medio abajo, parecia tenedor ó compas, con dos piernas largas y flacas: su andar muy despacio; y si se descomponia, sonaban los huesos como tablillas de san Lázaro: la habla ética: la barba grande, que nunca se la cortaba &c.; pero en lo que mas se parecia era en la hambre. Se acercó, pues, á la mesa con mucha dificultad y rubor, haciendo á guisa de cumpli-

mientos estrambóticas mudanzas con las piernas; é inclinando al llegar á los caballeros los huesos de medio arriba de un modo que salva la intencion no habria sido decoroso, dijo: —Dios los bendiga y los colme de bienes, que tan bien tratan á un pobre y desvalido artista.

— ¡Artista! esclamó el erudito de Guzman, levantándose con mucha deferencia: tome usted asiento, y obre en todo con perfecta libertad.

En este punto, y mientras el caballero se esforzaba en hacer sentar al modesto artista, estuvo á pique de que le hiciese caer á tierra un corpulento y negro mastin que pasó á carrera tendida entre sus piernas y las del dicho artista. — El diablo lleva el animal en el cuerpo, esclamó de Guzman reponiéndose. — ¡Pararlo! ¡Pararlo! gritaba desaforado el ventero. Pero ¡cuál se quedaria el corazon del sanjuanista, al ver que lo que llevaba el alígero can en la boca no era mas ni menos que uno de los dos sabrosos pollos que para su almuerzo se

habian compuesto! — El castillo encantado, dijo sentándose con tristeza, en que mantearon á Sancho, eran tortas y pan pintado, como el mismo Sancho hubiera dicho, en comparacion de esta execrable casa.

Los jóvenes y el artista se dedicaron, empero, con tan buen ánimo á limpiar los huesos del pollo que quedaba, que no tardó en decir el erudito caballero: — Ya, señores, podemos rezar el bendito, á no ser que acometamos al periosteo ú capa de esa osamenta. Usted perdone, señor artista, que asi le hayamos hecho ayunar.

— ¡O señor excelentísimo! contestó aquel mísero adepto de las artes. ¡Tanta urbanidad con un pobre! ¡Meses hay que no entran por mi boca tantos ni tan buenos bocados!

— ¿Y cómo asi? preguntó de Guzman. ¿Es posible que tanto se desprecien las artes en este pais y edad de hierro, que sus profesores vayan errantes de lugar en lugar, y tengan que tomar

refugio hasta en esta cueva infernal de los Tres galgos? Y luego añadió á Cárlos en secreto. ¿Es esto gobernar una nacion, ó desgobernarla? ¡Los artistas asi abandonados!

—A mí no me han abandonado, señor excelentísimo, dijo el profesor. Antes bien los alcaldes, corregidores y alguaciles, han tenido especial cuidado de no abandonarme. Siempre me tienen presente; y asi me hallo reducido á esta laceria, víctima infeliz de la persecucion.

— Si un pobre estudiante puede ayudarle á usted en algo, dijo Cárlos, sea usted franco y pida auxilio, que no le faltará.

—Dios se lo pague á usted, señor estudiante; Dios se lo pague y nuestra Señora de las Angustias. La sola caridad que usted podria hacerme, sería poner á mi cuidado alguna obrita de escultura.

—¡Escultor nada menos, buen amigo! esclamó alborozado de Guzman dando la mano al pobre artista. ¡Quién me predijera anoche tal ventura! ¿Supongo

que anda usted vagando como yo en busca de antigüedades? ¿Ha visto usted aquellos cuatro preciosos fragmentos de su arte, hallados últimamente, que estan hoy en Sevilla en poder del señor de Bruna?

—No, señor caballero, no los he visto. ¿Adónde se han descubierto esos fragmentos?

—En Itálica, cuyas ruinas por supuesto habrá usted visitado despacio y repetidas veces.

—No señor, no he visitado, y perdone su excelencia, que esta es la primer vez que oigo tal nombre. Yo no he salido nunca de España.

—Pero sin salir del reino hubiera usted podido ver la célebre colonia *romana*, vulgarmente llamada Santiponce.

—¡Hola! ¡Santiponce quiso decir vuecencia! De haber yo sabido que era ese pueblo *romano* y perteneciente al santo padre, ya hubiera ido como buen católico á ganar mis indulgencias visitándolo.

—¡Qué santo padre, ni qué padre santo! esclamó el caballero con harta impaciencia. Y luego volviéndose á Cárlos: Tal vez no haya usted oido hablar, señor estudiante, de la irrefragable demostracion con que se acaba de probar que fue Santiponce en efecto colonia romana.

—Confieso mi ignorancia de ese asunto, contestó Cárlos.

—No es estraño, pues que descansa esta prueba en la inscripcion de un fragmento recientemente sacado de las ruinas de Itálica, que dice asi: y escribió en la pared con un pedazo de carbon los siguientes signos:

. . . . . .
. . . . . .
. . . . JT. GABINVS.
MVCRO. C. R
C. V. ITALICENSI
VM

—El docto señor de Bruna, magis-

trado de Sevilla, á quien probablemente usted conoce, traduce las dos últimas letras de la segunda línea *Civis Romanus*; y las dos primeras de la tercera línea, *Coloniæ Victrices;* que como usted ve, prueba con evidencia arqueológica que obtuvo Itálica de Trajano los derechos de colonia, á pesar del título de *Municipio* con que se distingue en las medallas anteriores al dicho emperador. Pero dígame usted, señor artista, ¿qué le parece á usted del célebre san Gerónimo de Torreggiano? ¿Han producido jamas las artes cosa mas bella?

— Yo no he visto al santo bendito, señor noble.

— ¿Cómo? ¿No ha estudiado usted aquella maravillosa obra de uno de los mas ilustres y de los mas desventurados escultores? ¿No ha contemplado usted aun, con delicia intensa de su alma, aquella sublimidad de carácter, aquella espresion viva y tan animada, aquel sentimiento de inteligencia que parece mas sensible y esquisito que el de la vida mis-

ma? Pero tal vez no habrá usted estado en Sevilla...

—No, señor excelentísimo.

—Dígame, señor artista, si no es esta curiosidad escesiva, ¿en qué parte de este mundo sublunar ha existido usted desde que nació?

—Yo nací, señor, con perdon sea dicho, y no solamente nací, sino que me criaron, en un lugarcito pequeño de Estremadura. Mis padres me educaban para panadero; pero tal era mi aficion por el entalle y la escultura que á menudo y con frecuencia hacia de la masa figuras de la forma de pajaritos y caballos; por lo cual mi amo me castigaba mucho, y otras partes del cuerpo pagaban lo que las manos hacian. Pues señor mio de mi alma, como mi inclinacion fuese cada dia mas furiosa por las artes, cátate ahí que me plantó en la calle el panadero. Asi, en la flor de mi juventud me encontré por decirlo asi, como quien dice, sin una camisa con que cubrirme las carnes, y zas, me eché á escultor de

una vez. Con mi poquito de ingenio, y mi habilidad, he vivido, señor mio de mi alma, honradamente en esta profesion, aunque tampoco lo paso como dice el refran, á ¿qué quieres boca? Renovando santos y vírgenes para las iglesias, vivia yo como un papa por esos lugares de Dios, hasta que hace dos meses me llevó mi mala estrella á una villa de bastantes almas y muchas leguas de aqui. ¡Quién no hubiera entrado en el dichoso lugar! Los señores alcaldes me preguntaron si me determinaba á hacerles un san Cristóval el gigante, de un estupendo árbol de caoba que hacia mas de un siglo estaba en las casas consistoriales. Yo medí el madero. Quince pies de largo, seis de ancho, siete de grueso. Aunque fuera un Holofernes, pensé yo entre mí, daria de sí la madera; ella no es de las mas blandas, pero no siempre ha de hacer el hombre santos de masa. Pues señor mio de mi alma, empezamos á ajustarnos, tanto mas cuanto, y al fin prometí, nunca tal prometiera, darle fin

al santo en quince dias, por la módica remuneracion de cincuenta ducados. ¡Ay de mí! ¡Quién los tuviese ahora! Pero volviendo á mi cuento, me dieron para taller un caseron, y entre no sé cuántas yugadas de bueyes trajeron arrastrando el inmenso caobal y me lo dejaron entregado. Pero aunque el santo bendito era gigante, todavía el leño me pareció monstruoso. Al fin por darle gusto al alcalde empecé corta de aqui, corta de alli, á irlo desvastando, y hachazo va, y hachazo viene, para irlo poniendo asemejado al milagroso santo. Tenia el hacha mas filo que la hambre, y tanto corté y tanto recorté y dale, que á causa de algunos hachazos desgraciados se me redujeron de modo los materiales que ya no me alcanzaban para un gigante. Se me afligió el corazon. Fui á ver á las justicias; y pidiéndoles mil perdones, rogué á sus mercedes me dejasen hacer una Vírgen María quebrantando la serpiente, pues, como yo les dije con mucha sagacidad, no pareceria bien un santazo tamaño co-

mo su madre en una iglesia chiquita. Pero era su merced del señor alcalde hombre, con perdon sea dicho, de poca caridad. Sin hacer caso de mi tribulacion empezó á maltratarme, llamándome mostrenco y mal intencionado busca-vidas, que lo que yo deseaba era hacer cambiar devocion á los lugareños y venderles gato por liebre, y que no cambiaba él su san Cristóval por todas las vírgenes del mundo. Mas en consideracion á que ya estaba despedazado el madero, y á que no podia estirarse, me dió permiso para que le entallara una Vírgen. Vi el cielo abierto, porque á mí siempre me ha dado por ahí. Pies para que os quiero, y empecé con mucho cuidado y aplicacion á hacerle la cabeza á nuestra Señora. ¡Pero ni que Barrabás hubiese estado conmigo! La primer cara se la saqué muy larga, y habia cuatro dedos de la nariz á la boca: la segunda me salió tan cariancha que no tenia barba ni por sueños, y la nariz roma y desparramada que era una compasion. La tercera no pude empezarla, por que habién-

dose acortado el madero del tamaño de dos cabezas, ya el bodoque que quedaba alli no me llegaba á mí á los hombros. Las benditas ánimas del purgatorio me socorran, dije yo entre mí, angustiadísima el alma. Otra vez tuve que ir á ver al señor alcalde, y recordándole con mucha sagacidad que á su merced no le gustaban vírgenes, le pedí permiso para volver la que yo habia empezado en niño Jesus disputando con los doctores. Temí dejarme alli el pellejo.—Ah pícaro infame y zurdo, me decia su merced. ¿Con que quiere usted que no haya aqui devocion fija, tan pronto una cosa, tan pronto otra? Vaya y acabe ese niño Jesus disputando; pero voto á tal que si por otro cambio vuelve, que me lo desollaré vivo como un san Bartolomé. Mucho de enhoramala el pintamonas.—Salí del ayuntamiento como su señoría puede pensar. Cogí mi escoplo y mis bártulos, y corta de aqui, corta de alli; pero pensar que yo le sacara aquel dedo tieso que tienen todos los disputantes, era pedir peras al olmo. Al fin, despues de mu-

chas noches de vigilia y de trabajo increible, me resolví á hacerle un niño Jesus dormidito. Para ello desvasté otro poco la madera, y corta de aqui, corta de alli, y dale para irmela poniendo de la forma de un infante acostado. Yo veía que iba mal, pero no podia corregirme. El diablo, sin duda, me descarriaba, ó tenia yo algun familiar en la mano. Aqui derramó algunas lágrimas el artista.

— ¿Pero cuál fue el resultado? preguntaron ambos caballeros.

— Con perdon sea dicho, buenos señores. ¿Con qué cara habia yo de ir al alcalde? Viendo su merced que yo no iba, vino él con toda la justicia á visitarme en mi taller. Estaba aquello hecho un mar de leñas y de astillas, pero en cuanto al árbol de caoba, Dios guarde á usted muchos años. Me llamó muchos nombres acalorados, como ladroncillo, pintamicos, tragamaderos y otros; y tomando entre el pulgar y el índice el zoquetillo de caoba que del árbol quedaba, se puso á hacer gestos, y á mirarlo, y á quejarse de verlo tan chico como si hu-

biera muerto algun cristiano sin confesion. —¿Y es esto, decia su merced, lo que ha quedado? ¿Es esto lo que me has hecho, mala sangre, en vez de un san Cristóval gigante? ¿A esto ha quedado reducido el árbol mas grande que jamas vino de América, que te le mandé con bueyes al obrador, perro judío? ¿Qué ha de hacer ahora el pueblo ni el ayuntamiento de este miserable zoquete, diablo encarnado y tentador?— Asi me hablaba su merced del señor alcalde, que era á la sazon el señor boticario del pueblo; á lo que yo le respondí con mucha sagacidad, y entre sollozos y lágrimas, que si queria permitírmelo, yo le haria una buena mano ó majadero para el morteron de su botica. Tal dijeras. Creyó su merced que me burlaba, aunque á fé mia no estaba yo para burlitas. Me disparó á la cabeza el zoquete; arremetió á mí; escapé como pude sin un cuarto con que santiguarme, y ya hace algunos dias que vivo de caridad.

—Mucho siento, señor *opifex*, dijo el caballero de san Juan, que sea en us-

ted todo ingenio para las artes, sin ninguna práctica de ellas. Tengo necesidad para la obra que estoy escribiendo de resolver ciertos problemas artísticos relativos al grupo de Laocoonte, que supongo conocerá usted tan bien como la arquitectura caldea, pues segun veo, mas familiarizado está usted en *sórdida arte*, como dice Ciceron de *opifices omnes*, que con las *artes* de los antiguos. Permítame usted, sin embargo, señor artista, ofrecerle esta bagatela, y plegue al cielo que el primer san Cristóval que emprenda se levante al primer golpe de su escoplo tan robusto, formidable y desmesurado, cual lo estaba el santo mismo despues de pasar el arroyo.

La insólita y no esperada vista de algunas piezas de oro infundió ánimo nuevo en el cuerpo del artista. Saltó que le crujian todos los huesos, se arrodilló y dijo: — ¿Como podré, señor ilustrísimo, bueno y grande, pagar merced tan señalada?

— No haciendo mi busto, le contestó de Guzman; y luego á Cárlos: ¿Me

permite usted que le acompañe media hora por su camino? Siento tener que esperar aqui mis caballos y equipage, de otro modo no perderia tan pronto el gusto de su docta sociedad.

Apareció luego el ventero, lleno de cortesías y sonrisas; y considerando que los caballeros habian pasado mala noche, y carecido de cenas y de camas, solo les pidió el doble de lo que en razon debian. Ambos pagaron sin advertir ni cuidar del esceso, el uno por estar acostumbrado á viajar en alto estilo, el otro por no haber viajado nunca

Acompañó á Cárlos el caballero de san Juan por algun tiempo, obsequiándolo con brillantes discursos sobre la literatura, ciencias y antigüedades, que escuchó nuestro héroe con atenta urbanidad. Ya bien entrada la mañana se separaron ambos, de Guzman para volver á la venta, Cárlos para seguir á la aventura su viaje.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.